

Miguel Ángel Tenreiro

El santito
(2004)

 yeshaliteraturaEdiciones

El santito

y otros relatos

(2004 - 2005)

El santito

El revuelo duró en el barrio, en la noche un ejército de uniformados invadió las calles de tierra, tornando psicodélica su habitual penumbra con balizas azules y rojas. Sirenas de un ir y venir frenético metieron en las casillas precarias su aullido, helicópteros en vuelos rasantes levantaron las chapas de los techos mientras iluminaban con reflectores desde las alturas.

—¡Adentro carajo, adentro! —ordenaron prepotentes aferrados a sus armas.

“Qué malos recuerdos —pensó Quique— parece la época de la dictadura”. Más de un vecino tiró su revólver en el pozo ciego por temor a las requisas. A media mañana Quique se pegó una vuelta por la verdulería de la esquina en busca de comentarios. Las viejas del barrio novelarían los hechos con sus pareceres, pero el despelote había sido inmenso y nada se decía en la radio así que esta vez tendría que prestarles atención. El verdulero lo miró extrañado cuando Quique aflojó el paso y le habló:

—Qué revuelo el de anoche, ¿no? —Eso dicen —dijo el verdulero. —¿Y qué más dicen?

—¿Desde cuándo te interesa hablar conmigo? —dijo el verdulero, y siguió despachando como si él no estuviera.

Era el precio de no darle pelota a nadie, como si le avergonzara vivir entre gente humilde. Algo importante había pasado a metros de su casa, y los medios de comunicación no lo mencionaban. Caminó

hasta la estación para simular que estaba de paso, curioseó los titulares en el kiosco y se resignó a volver desinformado. Un tipo llegó agitado y preguntó:

—¿Lo agarraron?

—A pocas cuadras porque iba herido —dijo el diarero.

—Entonces fue el único que se salvó.

—Lo fusilaron ahí nomás, no te podés meter con uno de ellos.

“¿Con quién, qué pasó?”, pensaba Quique. El tipo agregó:

—A los otros dos ya los había matado el Ñoño.

—¿El cana? —se le escapó a Quique.

Le confirmaron que sí, que lo habían intentado asaltar tres tipos, que a dos los había matado y el tercero se había escapado. Que como el Ñoño estaba en la custodia del Ministro de Seguridad, había pedido ayuda por radio. El tipo comentó que el Ñoño tendría que estar muerto porque había sido una refriega a quemarropa uno contra tres.

—¡Si no fuera por el Santito! —agregó el diarero mientras el tipo asentía.

—¿Qué Santito? —preguntó Quique desconcertado.

El tipo se fue y el diarero se puso a acomodar la pila. Quique volvió maldiciendo no poder mudarse a un lugar más acorde con su posición. Igual, hasta que volviera a pasar algo interesante en el barrio podía írsele la vida. ¡Que se fueran todos a la mierda!

Los episodios de esa noche fueron quedando en el olvido. De esos sucesos uno se fortaleció día a día en la mente de Quique, el Santito. Le había quedado picando el asunto y su esposa no supo qué era. Le preguntó a su hijo ese domingo, tampoco él supo, pero la abuela de ella se santiguó al escucharlos. No le pudieron sacar más información. Cada vez que nombraban al Santito ella hacía la señal de la cruz y los increpaba “¡No hablen de esas cosas, herejes, Dios los va a castigar!”. Tuvieron que dejarla tranquila y cambiar de tema, y si bien a los presentes les causó gracia la reacción, en Quique no hizo más que acrecentar su curiosidad. Pasaban los días y no conseguía averiguar nada,

así que le pidió a su nuera, no sin vergüenza, que le pasara la dirección de una bruja. Muchas de las mujeres de la zona iban a que les tiraran las cartas, les curaran el empacho a los familiares, o que les cortaran el mal de ojo. No le gustaban esas cosas, no había ido nunca, pero más de una vez lo habían curado a distancia por intercesión de alguna de las mujeres de la casa. Le cobraría algunos pesos pero así era mejor porque la bruja no iba a poder esquivar darle alguna respuesta. La bruja trabajaba en una santería. Lo hicieron pasar atrás, entre cientos de estatuillas de santos y de diablos, de crucifijos, estampas, velas de todos los colores y humo de inciensos. Quique tenía la intuición de que el Santito era importante para él. Se sentó ante la mujer que barajaba un mazo de cartas con símbolos desconocidos, ella dijo:

—Qué raro, la primera vez en mucho tiempo que me preguntan eso.

—¿Pero sabe o no sabe qué es el Santito? —preguntó Quique.

—Poca gente lo sabe.

—Me interesa saber qué es eso del Santito, por eso estoy aquí.

—Es de naturaleza práctica, la gente no viene a preguntar qué es el Santito, viene a hacerlo y usted no sabe de qué se trata, ¿no será un periodista?

Quique sonrió comprendiendo la reticencia de la mujer. Le contó del intento de asalto al Ñoño, y también el comentario que había escuchado. La bruja pareció comprender.

—Debe haber algo en su destino, peligros que hagan que usted sienta la necesidad de hacerse del Santito aún sin saber qué es, ¿no quiere que le tire las cartas?

—No —contestó Quique con una calma que delataba enojo contenido. Y siguió en el mismo tono, casi en voz baja—: Quiero saber de una puta vez, qué carajo es el Santito.

La mujer comenzó a explicarle que el Santito era un muñeco muy chiquito, que se tallaba en hueso y se usaba al cuello colgado de una cadenita o cordel.

—¿Eso nada más? —exclamó Quique decepcionado.

La bruja le explicó que no, que el Santito era especial, que daba protección absoluta contra la muerte violenta, que no se podía matar a quien tuviera al Santito encima.

—¡Por favor, qué huevada! —gritó Quique, pero la bruja siguió:

—Está hecho de hueso pero no cualquier hueso, tiene que ser de una persona.

—¿De una persona?

—Si el Santito lo va a usar usted, tiene que ser de una persona que usted haya matado.

—Es una locura.

—Lo que se hace es lo siguiente: si usted mata a alguien en pelea, tiene que cortarle un dedo y dejar que los gusanos y el tiempo lo limpien de carne; tallar una figura en uno de los huesitos y hacer lo necesario para que exprese su poder. —La bruja hizo una pausa y agregó—: Se hace un colgante para tenerlo encima.

—¿Y se supone que el Ñoño hizo todas esas cosas?

—Lo que hizo el Ñono es cosa de él, la cuestión es que una vez hecho funciona solo para usted.

—¿Cuánto duraría ese poder?

—Para siempre, por eso es invaluable —dijo sonriéndolo la bruja— es difícil que un hombre de paz pueda entender su significado.

Quique iba a decir algo, pero la mujer lo interrumpió antes de que empezara.

—Le advierto que no es barato.

Al menos se había sacado la duda. Recordó cuando su padre le decía con tono ceremonioso “Un Fernández, nunca se queda con la duda”, y lo mandaba a rastrear la información en la enciclopedia, verdadero tesoro que encerraba la sabiduría de la humanidad. Luego debía explicarle lo que había encontrado. Era una forma que tenía el viejo de enseñarle a arreglarse solo y de paso zafar cuando no sabía qué responder. Siguió con su vida hasta una tarde en que recordó de pron-

to la historia del Santito ante el cadáver despedazado del hombre que acababa de matar. Caminaba por el andén de la estación y un ratero le arrebató el portafolio a un distraído y huyó. Quique se hizo el desentendido, no era de meterse en problemas y menos en una pelea de otro, pero cuando el ladrón se cruzó con él, lo empujó a las vías y cayó bajo el tren que llegaba. Entre el griterío y la confusión, el hombre del portafolios lo recuperó de entre las ruedas de acero y al sacarlo un pedazo de dedo cayó a los pies de Quique, que lo recogió y se lo metió en el bolsillo. La policía y los bomberos iban a tardar un rato en llegar y no encontrarían testigos. Quique apuró el paso, quería poner su trofeo a resguardo, ya tenía lo más difícil para hacerse con el Santito. No sabía para qué lo quería pero era suyo, a ese tipo lo había matado él. Lo peló de tejidos blandos, lo metió en un frasco con la tapa agujerada y lo dejó en una maceta. Quería que entraran las moscas y otros insectos, pero que no se lo llevara algún gato. Ahí quedó semanas, detrás de una planta. Verificaba tres o cuatro veces por día que nadie lo hubiera tocado. Pronto perdió todo aspecto que lo hubiera podido relacionar con su origen, y eso lo tranquilizó, no tendría que dar explicaciones imposibles de entender a su esposa. Un par de meses después lo raspó con un cuchillito, y fue a ver a la bruja que lo recibió con una sonrisa y una duda.

—No me diga que quiere que le haga el Santito.

Quique asintió con la cabeza y a la bruja se le fue la sonrisa. Luego de examinar el diminuto segmento de hueso, la mujer le indicó a Quique que le marcara con un punzón los rasgos de una cara en el extremo más grueso, y a los costados otras marcas como si tuviera los brazos pegados al cuerpo. Así lo hizo en el momento, siguiendo las instrucciones con esmero. Culminado este trabajo tuvo que dejárselo una semana. Tenía que pagar trescientos pesos contra la entrega del Santito.

No esperó con ansiedad esos días ya que en verdad no necesitaba tenerlo. Si él fuera un chorro o un policía, muy distinta hubiese sido

la cosa. Cuando la bruja se lo devolvió, el talismán tenía atravesado un cordel en la cabeza y se notaba que lo habían lustrado con algún material desconocido que le otorgaba un color amarillo opaco. Se lo colgó cuello y se fue. Había notado la duda en la cara de la mujer, que ya le había dado a entender que un hombre como él no tenía nada que hacer con semejante objeto. Él mismo no terminaba de comprender qué lo había motivado a hacer todo lo que había hecho esos últimos días. No tenía sentido para él que nunca había creído en esas cosas. ¿Para qué tanto esfuerzo, gastos, tiempo, por qué se lo había colgado al cuello apenas le echó mano? En esas cosas estaba pensando cuando se dio cuenta de que se le había ido el micro. Había pasado delante de él, varias personas habían bajado y subido y no se había dado cuenta hasta que lo vio alejarse. Esta línea de transporte tenía una frecuencia muy espaciada, así que esperó media hora con mal humor creciente. No le duró mucho, se tornó en exaltación cuando al llegar a la barrera vio el accidente. El tren había atropellado al micro que había perdido, un desastre con muchos muertos y heridos graves. El Santito ya lo estaba cuidando, ahora sí creía, era indiscutible, ¡y lo tenía él!

Lo guardó como un secreto precioso y se sintió más fuerte, como nunca había sido, dueño de un poder grandioso. Todos los que regularmente trataban con él notaron un cambio de actitud, aunque eso no alcanzó para mejorarle la vida que no era mala pero ya no le alcanzaba, le quedaba chica. Razonó luego de varios meses que el tiempo se lo tragaría igual que a los demás y que si no usaba al Santito sería como si no lo tuviera. Las situaciones de peligro no venían al oficinista de una empresa pequeña. Y mientras buscaba alternativas, la situación llegó. Una de las secretarias entró asustada a la oficina de administración. Detrás iba un hombre armado gritando que se tiraran al piso. Los asaltantes habían tomado la empresa. La mayoría estaría en Contaduría ya que era día de pago, y éste había venido para controlar al personal y retenerlo aquí. Los gritos furiosos del delincuente lo volvieron a la realidad, todos sus compañeros estaban acostados en el piso con las

manos en la nuca y el asaltante avanzaba hacia él apuntándole mientras le gritaba:

—¡Al suelo o te mato puto de mierda! —No me tiro al suelo un carajo —contestó. —¡Te mato, te mato hijo de puta!

—De aburrimiento me vas a matar si seguís repitiendo lo mismo.

El asaltante ya llegaba hasta él y levantó la pistola para dársela por la cabeza, pero Quique le agarró el brazo y le metió una trompada que lo dejó inconsciente. Sus compañeros de trabajo lo miraban asombrados, mientras Quique empuñaba el arma preguntándose si sería muy difícil de disparar. No debía ser, porque se le disparó sin querer. Por suerte no lastimó a nadie y los otros ladrones, que ya tenían la plata, al oír el tiro huyeron rápidamente del lugar sin verificar qué había pasado. Al llegar la policía, el detenido les dio datos suficientes para que en dos días estuvieran todos presos. Algunos de los compañeros de trabajo de Quique lo vieron como un héroe, otros como un temerario que había puesto en peligro sus vidas inútilmente y otros pensaron que se había vuelto loco.

Era la primera vez que pasaba algo así en la empresa, y él no podía esperar la siguiente ocasión. En una esquina se juntaba una barra de muchachos a tomar cerveza y fumar marihuana. Algunos de ellos —eran ocho, a veces doce— ya habían cometido delitos menores. Quizás se convirtieran en delincuentes, quizás en borrachos o drogadictos, o quizás se pudieran reencaminar. Decían groserías a las mujeres que pasaban, pedían alguna moneda y así transcurrían el día. A Quique le desagradaba verlos siempre ahí y que la policía no hiciera nada, pero ahora estaba contento porque estos vagos le iban a servir para poner a trabajar al Santito, por una vez en sus vidas iban a servir para algo. Quique ignoraba hasta qué punto la historia del asalto en la empresa se había corrido por el barrio. Tampoco sabía que la bruja era una terrible chismosa y todos estaban al tanto de que él tenía el Santito. El momento no fue premeditado, aunque seguramente estaba resuelto en su interior porque una tarde al volver a su casa se detuvo mirándolos

con desprecio, hasta que la atención de cada uno de ellos se concentró en él. Entonces habló.

—¿No tienen otra cosa que hacer, manga de inútiles? —no reaccionaban y Quique siguió—: ¡Vamos carajo, rajen de acá antes de que les rompa el culo a patadas!

Lentamente se fueron poniendo de pie, apenas intercambiaron alguna palabra en voz baja y así se fueron yendo de a poco, algunos porque sabían que Quique tenía el Santito, otros porque razonaron que solo un hombre que ocultara un arma y esperara una excusa para usarla podía exhibir un comportamiento tan temerario, los más porque eran cobardes. Fue el mayor momento de gloria en la vida de Quique. Siguió sus días como si fuera un semidiós de incógnito entre los mortales. Pasaron un par de meses antes de que el poder del Santito fuera puesto a prueba otra vez. Fue al bajar en la terminal del tren, en la inmensa estación de Retiro de la desmesurada Ciudad de Buenos Aires. Allí se cruzó con una pareja en el hall principal, que discutía acaloradamente. Se paró a metros de ellos y se quedó observándolos con la despreocupación de quien mira una película. De pronto el hombre reparó en Quique y le preguntó:

—¿Qué estás mirando vos?

—Estoy esperando que le levantes la mano a la señorita, para darle la lección de tu vida —contestó Quique con la calma de un monje zen.

El hombre se le fue encima más desencajado que antes. Inútiles fueron los intentos de la mujer por sujetarlo, llegó en dos segundos hasta Quique que lo esperaba imperturbable.

Una sirena le perforaba los tímpanos. Quique se dio cuenta de que estaba acostado, en una ambulancia, luego se dio cuenta de que lo trasladaban a él. Al verlo recuperar la conciencia, el médico que iba a su lado le explicó que lo llevaban al hospital, que había estado inconsciente más de media hora, que tenía varias fracturas y que no tratara de moverse. Recién cuando llegaron al hospital el médico se distendió y le comentó:

—Sos la peor paliza que vi en mi vida.

Quique pasó obnubilado los siguientes tres días, luego le entró una depresión que le duró solo unas horas. No trataba de explicarse ni razonar nada, estaba en silencio. De madrugada le vino la respuesta sin buscarla: de no tener el Santito lo hubieran matado. Su euforia se trocó de pronto en desesperación cuando se buscó el Santito al cuello y no lo encontró. Se sentó en la cama y buscó en una mesita que había a su lado y recién cuando abrió el cajoncito lo vio, ahí estaba el Santito junto a su reloj aplastado y la billetera vacía. Lo sacó con devoción, lo observó largo rato y se lo colgó al cuello. Tardó en recuperarse pero como su orgullo permanecía intacto y su fe acrecentada, no fue penoso. Tuvo que soportar los reproches de su mujer, los parientes y amigos pensaban que estaba loco pero no le importaba, debía pagar un precio por ser diferente y se daba por conforme. Decidió que no buscaría más camorra porque aunque el Santito lo protegiera de la muerte no lo hacía invulnerable y era posible que el poder del Santito tuviera un límite, después de todo hasta a Aquiles lo habían matado. Siempre aparece alguien que te la da, no era cuestión de forzar al destino. Vivía en las afueras y a pesar de la inseguridad creciente que producía el derrumbe de la economía en el país, aceptó trabajar de noche. Los autos no paraban en los semáforos por temor a los robos y él iba y venía en las horas más peligrosas, con despreocupación.

En los últimos días había habido un asalto en la estación, de esos que terminan con un asesinato. Las noches siguientes un par de agentes permanecerían de guardia hasta que la gente se olvidara. A él lo tenía sin cuidado. La última noche solo había uno y le avisó que al otro día no vendría.

—¿Te mandan a otro lado? —preguntó Quique.

—Hasta que vuelva a pasar algo grave.

—Gracias por avisar, pero no importa.

—¿Sos de los que no tienen miedo?, sólo un inconsciente tiene miedo —preguntó y contestó a la vez el policía.

—O un fanático religioso.

—O quien no tiene qué perder.

—O un... iba a decir suicida, pero no va.

El agente divertido agregó:

—Esos se escapan.

Pasaron varias noches, esta vez sin la protección desganada de un uniformado mal pago y peor predisuesto, pero Quique no estaba inquieto. No buscaba situaciones de riesgo ya que su relación con el Santito había decantado. Cuando vio a los tres jóvenes los tenía encima. Venían pasados de droga y alcohol. El que iba adelante siguió de largo, otro se colocó al borde del andén y otro por detrás de él. Este último fue el primero en sacar un arma pero Quique con la tranquilidad que le prestaba el Santito se abalanzó sujetando la pistola hacia arriba. Giraron en un baile grotesco con la música de una seguidilla de disparos al aire. El movimiento protegió a Quique del puntazo que quería ponerle el delincuente que había vuelto sobre sus pasos. El otro miraba desconcertado de espaldas a las vías sin haber atinado siquiera a sacar el revólver que asomaba en su cintura. Quique sostuvo hacia arriba la mano armada de su compañero de baile mortal, lo tomó de la nuca con la otra mano para acercarle la cara y lo mordió llevándose un pedazo. El ladrón cayó hacia atrás aferrándose la herida con las dos manos y gritando. Quique se había quedado con la pistola pero ya recibía una estocada desde atrás. Se dio vuelta y recibió una más de frente mientras apoyaba el caño en el cuello del segundo ladrón y disparaba. El último que quedaba aún en el borde del andén, observaba paralizado. Quique lo miró unos segundos a los ojos, luego le apuntó con cuidado aunque estaba a menos de tres metros, y disparó pegándole en el medio del pecho. Cayó en las vías. Las pocas personas que esperaban el tren se habían alejado, así que Quique se encontró solo, encastrado de sangre entre un herido que no dejaba de revolcarse y dos muertos que no joderían más a nadie.

“Cuánto material para hacerme otro Santito”, pensó. Despertó en el hospital y le pareció natural. El médico le dijo:

—Si creyera en Dios diría que estoy viendo un milagro. —Si alguien pudiera matarme, yo también —fue la críptica respuesta de Quique dada como quien habla para sí.

Había sido similar al episodio que le ocurriera años atrás al Ñoño, el vecino policía, con la diferencia de que él no iba armado ni tenía entrenamiento. Lo habían herido, pero ya estaba bien a pesar de que la situación había sido letal. Era evidente que el Santito mantenía todo su poder, no obstante, tenía la sensación de que un ciclo se había cerrado. Pensó que si fuera por el Santito jamás se hubiera resistido de esa manera, pensó que los tres ladrones eran muy jóvenes e inexpertos, que solo querían algo de plata, que era muy posible que de habérselas dado no hubiera habido ni heridos ni muertos. Pensó en el último que había matado, que ni siquiera había atinado a sacar el arma, vio otra vez sus ojos. No tuvo problemas legales. Al principio habían caratulado la causa como “homicidio en riña”, pero antes de salir del hospital ya la habían pasado a “homicidio en legítima defensa”. Las declaraciones de un par de supuestos testigos, los antecedentes de los muchachos y caso cerrado. Se lo habían buscado.

Quique se fue poniendo taciturno. Tenía la impresión de que perdía el tiempo igual cuando trabajaba que cuando no hacía nada. Evitaba cualquier acción o movimiento que no fuera una necesidad inmediata o una obligación impostergable. Seguía trabajando de noche, le gustaba. Poca gente, más silencio, más espacios. Una de esas noches vio en el andén a un hombre que no era habitué. Lo tenía visto de algún lado, claro, era el Ñoño muy envejecido. Si bien nunca habían cruzado más que algún cabezazo a modo de saludo entre vecinos indiferentes pero educados, Quique se acercó resueltamente

—¿Usted es el Ñoño, no?

—Sí, ¿qué tal?

—Bien, ¿todavía está en la Policía?

—Me retiré hace años —contestó el Ñoño con desgano. —Ah, siempre me acuerdo de esa noche que lo quisieron asaltar —dijo Quique, sin temor a despertar malos recuerdos.

—Fue bravo, usted también tuvo sus problemas.

—Ahá, pero ahora está más tranquila la cosa, por lo menos por aquí.

—Un poco mejor, sí.

—De todas formas no me preocupa.

—¿No?

—Siempre les fue peor a los delincuentes que a mí.

—Eso supe.

—Con usted pasó lo mismo.

—Suelo estar atento, eso y un poco de suerte.

—¿Para qué suerte?

—Nunca se sabe cómo termina una pelea, ¡he visto caer cada machazo!

Quique sonrió y miró al piso en silencio, luego fijó la vista en las vías, luego en el cielo y de pronto le soltó:

—Yo también lo tengo.

—¿Qué cosa?

—El Santito.

—¿Qué?

—El Santito —dijo Quique con énfasis, esperando una respuesta que ya sabía cuál debía ser. Pero no fue la que le dio el Ñoño.

—¿Y eso qué es, una medallita?

—No, no, El Santito —repitió Quique impaciente.

El Ñoño asintió apenas y se asomó a ver si venía el tren.

Quique quiso retomar la conversación.

—Se dice que usted también tiene uno.

—No soy religioso.

—No tiene nada que ver con ninguna religión —contestó Quique irritado.

—Bueno, no sé y la verdad que tampoco me interesa. —¿No tiene el Santito?

El Ñoño negó con la cabeza sin ocultar su fastidio, era evidente que Quique lo estaba molestando.

—¿No lo tuvo nunca?

—No me rompás las pelotas —dijo el Ñoño mientras se alejaba unos pasos.

—¡Es importante!

—Cortala —gritó el Ñoño.

Quique buscó por debajo de la ropa y sacó al Santito.

—¡De esto hablo, de esto!

—¿Qué es esa mierda?

—¡El Santito, usted lo sabe bien, no se haga el boludo! —A ver si entendés, dejame de joder —dijo el Ñoño mientras llevaba su mano derecha a la espalda.

Quique se quedó sin saber qué decir. Estaba tan sorprendido por las respuestas del Ñoño, que ni siquiera había notado el movimiento. El Ñoño se relajó y empezó a alejarse hacia el extremo del andén. En la curva se vio la luz del tren y enseguida se escuchó su mugido metálico a la distancia, entonces Quique reaccionó y gritó:

—¡No puede ser, vos tenés uno igual! —y avanzó hacia el Ñoño que esta vez sacó su pistola de servicio y la amartilló. Quique se le rió en la cara—: ¡No me podés hacer nada, negro de mierda, yo también tengo el Santito! —y siguió avanzando hacia el Ñoño sosteniendo el muñequito por delante.

Cuando el tren paró no había nadie que subiera. El Ñoño se había ido y aunque el cuerpo de Quique había quedado boca abajo, se podía ver la seguridad en su sonrisa.

El invencible

Sabía aferrarse a la vida, lo había hecho desde el primer momento, por eso no se le hubiera cruzado jamás por la cabeza hacerse una cirugía estética para borrarse las cicatrices de la cara o al menos disimularlas un poco. Después de todo, a los hombres les suelen sentar bien las cicatrices, o por lo menos antes se creía eso, cuando para ser macho había que poner el cuerpo. Cada vez que se miraba al espejo, fijaba su atención en ellas unos segundos. Lo hacía con admiración, con orgullo. Se había aferrado a la vida, aun antes de tener conciencia, desde que la mujer que lo concibió trató de hacerse un aborto pero él se resistió, con una ferocidad inimaginable se resistió moviéndose y retorciéndose, provocando una hemorragia en ese útero egoísta cuando la aguja de tejer que la curandera insertó por el cérvix fue en su busca. Soltó hormonas a la sangre que desencadenaron una violenta convulsión en ese cuerpo de hembra que lo trataba como a un parásito. Tuvieron que interrumpir las manipulaciones cuando temieron por la vida de ella, tuvieron que volver sobre sus pasos cuando él les dejó en claro que si lo mataban iba a ser una victoria pírrica, de esas en las que el vencedor paga el mismo precio que el derrotado. Por supuesto que él no lo supo nunca, pero lo sospechó siempre y así imaginó su gestación. También imaginaba que le habían dicho a esa mujer que igual no nacería, que lo habían lastimado tanto que era solo cuestión de unos días para que el aborto se completara solo. Pero él se resistió, se recompuso y por fin nació, contra todo y contra todos nació parido por una mujer

ignorante y estúpida que no tenía la culpa de nada. Fácilmente parido, rápidamente parido en un callejón oscuro y en cucullas, más como si lo hubieran cagado que dado a la luz del mundo. Así lo imaginaba, porque acordarse no podía.

No lo habían querido nunca, por eso la mujer apenas él estuvo afuera lo tiró en un tacho de basura que había en el mismo callejón. Allí fue donde las ratas comenzaron a comérselo. Por suerte lo mordieron primero en la cara, si no, no tendría esas hermosas cicatrices en el pómulo izquierdo, y por sobre la ceja y la sien del mismo lado. No imaginaba ningún dolor. Lo rescataron a tiempo. ¡Un poco más de suerte! Creció en un orfanato, en forma anónima, siendo sólo una parte infinitesimal de las estadísticas de abandono. En ese hormiguero bullicioso se enteró de una parte de su historia y la otra se la figuró. Se fue haciendo grande y aprendió todo lo que pudo, más fuerte no se hizo, desde antes de nacer ya era invencible. En esa época, a los huérfanos les elegían un nombre y apellido los mismos empleados del orfanato. Generalmente se guiaban por el santoral para el nombre de pila, y como apellido el de algún prócer según la fecha patria más cercana o el nombre de la calle en que lo hubieran encontrado. Alguno propuso que lo apellidaran Desper, por desperdicio. Debió haber causado gracia, como cuando a alguien le ponen un sobrenombre, y así quedó. En cuanto al nombre, no deben haber tenido ganas de consultar el almanaque y como estaban en el mes de agosto, le pusieron Augusto, creando así una paradoja que ninguno de ellos estaba en condiciones de comprender. Augusto Desper todavía no había aprendido a ofenderse y nunca se tomaría ese trabajo. Su nombre también lo enorgullecía, le recordaba que no era nadie, que no era nada, y eso convertía cada una de sus respiraciones en un triunfo. Cada parpadeo, cada latido, cada pensamiento, todo acto voluntario o involuntario que de él provenía daba testimonio de su victoria sobre el mundo. Nunca le contó a nadie sobre origen de su nombre y el de sus cicatrices. No podía decirse que los primeros años de la vida de Augusto Desper se correspondían con

un melodrama de Dickens por el simple hecho de que él no sufría, no se lamentaba, y si bien lo habían dejado marcado no solo en la cara, estos sucesos constituían parte de su ser tan naturalmente como si hubieran pertenecido a su genética. De la primera infancia entre imaginada y referida, conservaba esos recuerdos. Lo demás permanecía aún más velado. Años de institución, tejiendo relaciones aparentes con gente para la cual él era parte del trabajo y con chicos que sólo esperaban tener la suficiente edad para irse y no verse más. Fue un transcurrir del que quedaba el sedimento de algunas impresiones aisladas. Sólo pudo evocarlas en parte cuando muchos años después, al pasar casualmente ante el edificio se detuvo. El frente le era totalmente ajeno y era lógico, su interior lo había mantenido enclaustrado todos esos años, siempre había mirado desde adentro. Espió por entre las rejas el mismo patio que durante tanto tiempo había sido el inmenso afuera, y se asombró de lo pequeño que le parecía ahora. Las diferencias entre niños y adultos no justificaban la imagen irreal que conservaba del lugar. Recordó la noche en que se escapó de los dormitorios para tocar la reja. Teniendo tan poco en su pasado digno de ser recordado, ¿cómo había podido olvidar esa noche durante tanto tiempo? Esa reja de hierro pintada de negro, con sus puntas de lanza hacia el cielo. Nunca había comprendido si estaban ahí para evitar que se escaparan o para que no entraran extraños.

Se había corrido con rapidez la historia del chico nuevo que al querer fugar trepando, había resbalado enterrándose la lanza entre las mandíbulas para dejar su punta sobresaliendo por el cráneo y el cuerpo colgando con el relajo de un muñeco de trapo. Habían limpiado y no se hablaba más del asunto aunque no habían pasado más de un par de días, como para que no quedara rastro de que ese pobre infeliz del que ni siquiera se había podido enterar cómo se llamaba, había existido alguna vez. Él fue esa noche a tocar ese hierro. Necesitaba que no lo interrumpieran, que no le preguntaran ni lo observaran, necesitaba la intimidad porque era como una ceremonia ir y tocar ese frío metal

inerte que de alguna forma ahora estaba relacionado con la muerte igual que él, que a tan temprana edad estaba seguro de ser amigo íntimo de la que tantos temían al punto de evitar hablar y hasta pensar en ella. Varias noches más cada tantos meses, Augusto se escabulló sin importar el frío ni la lluvia, a tomar ese hierro entre sus manos y sentir lo que le pudiera transmitir. ¿Le transmitía algo, o lo había imaginado? Ahora no lo sabía. La reja estaba ahí, tan ajena e intemporal instalada en su memoria. Le pareció entrever en la bruma de sus olvidos las largas esperas del segundo turno para comer, las filas disciplinadas, los guardapolvos marrones, los pequeños grupos de cuatro o cinco chicos que se formaban para ayudarse y protegerse de los abusos de los más grandes. La unión hace la fuerza, decía el refrán. Ahora no recordaba a esos chicos, no recordaba sus rostros, ni sus nombres. Tampoco los de los preceptores y maestros. Eran solo bultos en su memoria, cosas que se movían y habían ocupado un espacio pero no tenían personalidad. No recordaba tampoco haber sufrido mucho allí, la soledad ya era costumbre. Él había llegado de muy joven, desde siempre. No otros chicos que quedaban huérfanos a una edad en la que podían sentirse desamparados y su dolor inconmensurable los desgarraba. Esos la pasaban mal, a veces no se recuperaban nunca. Él no podía comprenderlos. El mundo estaba afuera de la institución y los demás afuera de él, siempre lejos. Sólo un recuerdo permanecía nítido. Era un sueño, el único que recordaba haber tenido en su vida. Estaba en el patio y una pelota inmensa como un edificio rebotaba contra el piso tomando gran altura, rebotaba con estruendo de terremoto y él tenía la sensación de que lo aplastaría de un momento a otro. Sólo lo soñó una vez, no lo olvidó nunca.

A partir de los doce años lo llevaron los fines de semana a una granja que era parte de la institución, en la que los chicos aprendían trabajos propios del campo. Se quedaba a dormir en la chacra, en un dormitorio precario donde se amontonaban las camas. No le molestaba el hacinamiento, era más o menos igual al orfanato, pero se le

hacían duras las horas de la noche por más cansado que estuviera. Antes de caer en el sueño pasaban unos instantes en que no podía engañar a la soledad. Eran minutos que le parecían infinitos. A las cuatro y media de la mañana, apenas el primer haz de luz lograba sortear la curva de la Tierra, el gallo se encaramaba en el techo del gallinero, e inflando el pecho con soberbia lanzaba su canto prolongándolo interminablemente hacia el final. Desde una lejanía inconmensurable contestaban otros gallos, cientos tal vez. Ya sé que sale el sol hijos de puta —pensaba Augusto— ya sé que hay que pasar otro día. Todos los chicos tenían algún apodo, excepto él. Era propio del campo y los pocos que se salvaban era gente respetada o temida. Augusto no entraba todavía en ninguna de esas categorías y sin embargo todos lo llamaban por su nombre, hasta El Choclo, muchacho alto y con la cara llena de granos, que tenía la obsesión de que cada cual tuviera el suyo. El apodo siempre constituía una forma explícita de burla, se era expuesto al ridículo con la primera impresión y El Choclo no estaba dispuesto a que nadie eludiera lo que él tenía que soportar, así que Augusto esperaba que en algún momento intentara reemplazarle el nombre. No contestaría nunca al apodo, desde el primer instante como si fuera sordo a esa palabra. De esta manera tarde o temprano se verían obligados a pronunciar con todas las letras “Augusto”. Así haría hasta ganarles por cansancio. No fue necesario, nunca lo intentaron, ni siquiera El Choclo. Él no entendía la razón de tanto respeto, pero para los demás era algo natural y no quería perder eso por nada del mundo. Tal vez influyera que incluso cuando no estaban presentes se refería a ellos por sus nombres, y aunque se llevaba bien con todos, de ahí también se fue sin dejar atrás a un amigo. Siguió creciendo y consiguió un trabajo en una estancia unas pocas semanas. Una vida dura, en la que aprendió mucho y ratificó su temprana impresión de que si no hacía su propio negocio nunca iba a ser otra cosa que un esclavo. El establecimiento era inmenso, con un dueño ausente, no porque viviera la mayor parte del tiempo en Europa, como solía ser en otros tiempos,

sino porque era propiedad de una sociedad anónima. Los empleados solo trataban con capataces. Uno de sus compañeros era un gaucho del que apenas sabía el nombre. Empezaba a ser viejo, no tenía nada más que su trabajo y vivía día a día sin preocuparse de otra cosa. Para este tipo de hombres el futuro no existía. En una oportunidad el capataz lo reprendió severamente por un trabajo que según él no se había hecho correctamente. El peón, humillado en público, tuvo que bajar la cabeza y soportar callado. No tenía alternativa, si lo echaban de allí ya no podría conseguir trabajo, en las estancias de la zona le hacían la cruz a los retobados. Augusto observó de lejos la docilidad forzada del peón y la soberbia del capataz. Era la ley de gallinero, el de arriba caga al de abajo. Pasaba lo mismo en los cuarteles, en las oficinas, en todos lados. No quería ser como ninguno de esos dos hombres y decidió lo que ya venía madurando, tenía que irse lo antes posible. Si se quedaba un tiempo más, se acostumbraría como los otros y quedaría atrapado.

Al peón no se le había escapado que todos habían visto el espectáculo. Estaba humillado y con ansias de venganza, pero rara vez esta se vuelca hacia quien corresponde. Lo más frecuente era que se soltara la bronca con alguien más débil, sin arriesgar demasiado y recuperando algo del honor perdido. La temprana cena iba a ser el escenario obligado, con el acicate de unos vasos de vino. Quizás hasta hubiera pelea y como el más débil parecía ser el más nuevo la cosa estaba cantada. Si Augusto no aceptaba pelear, tendría que pasar por una humillación pública aún peor. Comieron en silencio, había tensión en el ambiente. Nada era premeditado, la sucesión de los hechos la manejaba el instinto y el inconsciente. Apurando el vaso hasta el fondo el peón miró fijo a Augusto y preguntó:

—¿Le dijeron que es muy mirón usted?

Augusto permaneció en silencio, no sabía qué contestar pero tampoco tenía miedo. El peón insistió.

—¿Le pareció divertido?

—No —contestó lacónico y desinteresado.

—¿Entonces, se puede saber por qué carajo no siguió con sus cosas?

Augusto se dio cuenta de que con palabras no se iba a lograr nada, que si se mostraba razonable o intentaba aplacar al gaucho, iba a ser tomado por débil. El gaucho tenía su facón en la faja y cuando lo sacara él no iba a tener oportunidad. Le iban a alcanzar uno similar pero con arma blanca no era rival para este hombre. Suspiró mientras buscaba una salida, sabía que su principal arma era su frialdad, su indiferencia.

—¡Parece que voy a tener que apurarlo al mocito! —dijo el gaucho, festejado por un coro de risotadas.

Augusto vio la mordaza, ese palo de algarrobo, madera pesada como fierro y con un lazo de cuero en un extremo, con el que a modo de torniquete se apretaba el labio a los caballos para paralizarlos de dolor mientras se hacía alguna maniobra molesta, como limpiar una herida o sacar un clavo de la suela. “Un dolor fuerte, tapa otro más chico”, le habían explicado alguna vez. Era algo similar a la ley del gallinero, era siempre lo mismo, la vida era siempre la misma donde fuera.

La peonada se había apartado un poco y miraba divertida. Augusto ya sabía qué hacer, si rechazaba el facón y agarraba la mordaza tendría una oportunidad. Sólo debía hacer algo más antes de pelear para asegurarse las mejores chances, descontrolarlo. Entre eso y el alcohol que el hombre ya tenía en la sangre, le iba a alcanzar. Augusto parecía el más débil entre esa manada embrutecida, pero él tampoco sabía mucho de piedad y era un hombre frío, de los que saben esperar. No había tomado, no le gustaba mucho pero esa noche se había cuidado especialmente de probar una sola gota de vino. El pobre peón paladeaba por anticipado su victoria y como para alargar el disfrute volvió a preguntar con sorna, más para su auditorio que para su rival:

—¿Le comieron la lengua los ratones?

Otra risotada general festejó exageradamente la remanida frase. Augusto le devolvió la mirada y fingiendo inocencia contestó:

—Es me quedé pensando en su pregunta anterior.

—¿Cual?, porque no sé si se dio cuenta que le hice varias.

—Ésa, de qué era lo que miraba esta tarde.

—Dígalo entonces, que se me acaba la paciencia y a usted no le queda tiempo —dijo con arrogancia entre los murmullos de los presentes.

—Miraba su cobardía, es la primera vez que veo un hombre tan cobarde —terminó Augusto haciéndose el tonto.

El silencio fue absoluto, participaron hasta los pájaros y los insectos. El gaucho, pálido primero y después rojo de furia, desenvainó su facón. De un costado le ofrecieron otro a Augusto, pero él caminó unos pocos pasos hasta la mordaza y la empuñó al tiempo que decía:

—Con esto me alcanza para apalea a un perro.

El peón se le fue encima y tiró tres sablazos, Augusto apenas ladeó un poco el cuerpo para que pasaran de largo. El gaucho perdió el equilibrio por su propio impulso y tuvo que hacer una cabriola ridícula para no irse al piso. Se recompuso al encontrarse con la mirada segura de Augusto, arremetió con desesperación. Al pasar de largo se llevó un golpe en la cara y terminó de un planchazo en el suelo. Se puso en cuatro patas, chorreaba sangre y largaba un quejido sordo y suave con cada jadeo. El facón había volado a varios metros, Augusto se acercó y lo miró unos segundos, luego levantó la mordaza y le metió un garrotazo en la nuca. El cuerpo quedó inmóvil con la cabeza desparramada. Augusto miró a los que lo rodeaban, nadie se movió ni dijo nada. Tiró la mordaza a un costado y fue a buscar sus cosas, recién ahí se arrimaron un par de peones.

Media hora después Augusto iba en un camión que lo había levantado en la ruta. No sabía si lo había matado pero estaba seguro de una cosa, él no terminaría así. No volvería a tener patrón aunque se tuviera que cagar de hambre. Se acarició las cicatrices de la cara y sonrió satisfecho. Al principio tuvo que seguir como peón, luego al ir aprendiendo llegó a ser cuidador y más adelante comenzó a comprar y

vender caballos por su cuenta. Sabía elegir entre los que aparentemente no servían más, ya fuera por lesiones o mañas adquiridas. Seleccionaba a los que podía curar o reeducar y los revendía. También compraba potrillos para amansarlos y domarlos. A algunos, los entrenaba y no era raro que vendiera a buen precio un caballo para un trabajo específico. Otros irían a las cuadreras, otros para paseo, otros a establecimientos rurales para los reseros. Al tiempo ya tenía un empleado, que no se convirtió en su amigo sólo porque él no creía en la amistad. Prudencio se llamaba, nombre de campo para hombre de campo. Estaba casado y con un par de hijos. Trabajaban a la par, y al detenerse cada tanto a descansar tomaban unos mates. Augusto no era un gran conversador, pero Prudencio era tan lengua larga que terminó conociéndole hasta los pensamientos. La especialidad de Prudencio era la doma, trabajo duro y peligroso. Llegaron a tenerse confianza mutua, aunque Prudencio no podía entender que su jefe no formara familia, y Augusto no podía entender que las familias existieran. De todas formas, ¿cómo explicarle a otro hombre que no toleraba que lo tocaran? Apenas muy de vez en cuando una profesional y rapidito. Se tenía que andar con cuidado porque si alguien inadvertidamente le rozaba el hombro o lo quería palmear, él se retiraba como si lo fueran a manchar con la peor de las inmundicias. No soportaba el contacto con la piel de otra persona, ¿cómo explicarle eso a Prudencio, que dormía abrazado a su mujer? No le sirvió de nada el nombre al domador, murió pronto, lo mató un caballo pero no por imprudencia ni por impericia sino por la obstinación de Augusto que ahora se sentía culpable, no por la muerte, que para él seguía siendo una íntima, la única, sino por no haberle dado su amistad antes de que fuera tarde. Le vendieron barato un tobiano a pesar de que era de un porte como para desfile, a pesar de que era joven y que estaba domado, a pesar de que respondía con exactitud al jinete. Descubrió pronto por qué. Sin previo aviso ni razón aparente el animal se levantaba en sus patas traseras con tal violencia que caía sobre su lomo.

—Se bolea —dijo Prudencio.

Lo ataron corto al palenque para evitar que se rompiera. Augusto lo quería retener, ¡era tan lindo! Pensó que podrían sacarle el vicio y de todas formas no podía venderlo así, era un peligro. Le pidió a Prudencio que lo trabajara un poco. El domador no estaba convencido pero no era de discutir con los patrones. Se le boleó nomás una tarde y le cayó encima con sus quinientos kilos. Prudencio agonizó unos minutos borboteando sangre con espuma. No se quejó, sólo le sonrió a Augusto como disculpándose cuando le tomó la mano. Hubieran podido ser amigos si él hubiera querido, si hubiera sabido. Le pegó un tiro al caballo, pero sin ira, no era una venganza, fue la primera y última vez que intentó arreglar lo que no se puede. Hay veces que el destino no quiere y él se había empeinado en retener a ese caballo. Le pasaría a la viuda una mensualidad hasta que los chicos empezaran a trabajar con él. No iba a ser como un padre. El único hombre que hubiera podido ser su amigo estaba muerto, no era tanto eso lo que le dolía, como que la amistad hubiera quedado en amague por su culpa. En fin, ya no importaba, no iba a permitir que nadie se le volviera a acercar tanto como Prudencio, ni siquiera sus huérfanos.

Augusto iba y venía por la provincia pero vivía en la ciudad. Con los años se había hecho una buena posición económica invirtiendo cada peso ganado con inteligencia. Vivía con la libertad que otorga en la madurez el no tener familia, ganar buena plata y elegir cómo y con quién trabajar. Tenía un pequeño campo en las afueras, donde atendía los animales que debían mejorar antes de ser vendidos o domados con ayuda de algunos empleados. Su habilidad era tanta que incluso había recuperado más de un matungo con destino de matadero, no tanto por sus conocimientos sino porque se daba cuenta de inmediato qué podía ser un buen negocio y qué no. Estos eran casos en los que se ponía de manifiesto su excepcional habilidad pero él no tenía patrones que lo felicitaran por eso, y los compradores no imaginarían nunca el origen extremo de algunas de sus adquisiciones. Para él, se traducían en

un mayor margen de ganancia, no le producía una satisfacción que pasara por sus sentimientos. Augusto no amaba los caballos como no los aman los que están en las carreras o el polo, solo los usaba y nadie usa lo que ama. A veces se quedaba viendo largo rato a un animal irrecuperable, claudicando dolorosamente, consumido por la debilidad y esperando sin saber que la muerte existe. Los observaba sin compromiso, sin compasión, como quien ve la manifestación inexorable del destino, tal como le había pasado a él con lo que le había tocado, tal como le pasaba a todo el mundo. Así fue viviendo su vida, como un invitado que vino de afuera y puede irse cuando quiera. “Ni siquiera te sirvió ser el mejor”, pensó la vez en que visitando el museo del Hipódromo de Palermo vio a Botafogo embalsamado. Los restos del caballo que en el año 1917 había ganado todo, estaban impudicamente expuestos a las miradas de los visitantes, como si se pudiera ver en ese cuero relleno de estopa algo de la fuerza y la guapeza del pingo. A Augusto le pareció grotesco. “Más hubiera valido que tu imagen se disolviera con tu leyenda”, pensó con desdén. Le parecía cada vez más evidente que estaba desubicado en esta época, quizás en este mundo.

Las recomendaciones lo llevaron bastante más lejos de lo acostumbrado, y pasó la mañana en uno de los aras más importantes. Era difícil que pudiera hacer negocios con esa gente pero había estado en ese establecimiento años atrás y quería ver cómo estaban las cosas. La principal actividad económica del aras giraba en torno a un padrillo que se había hecho famoso por las carreras ganadas. Su cuidador se dedicaba exclusivamente a él y vivía en un cuartucho sobre el box del animal, al que daba la única abertura del ambiente, un ventanuco inclinado cuarenta y cinco grados hacia abajo para que la única vista posible fuera el garañón. Tan estrecha era esa relación que cuando el caballo cambiaba de propietario el cuidador iba con él, era parte del trato. A Augusto le había impresionado que el hombre pareciera ser menos importante que el caballo, en realidad era menos importante que el dinero y eso es siempre así con los pobres. Sin embargo cuando

lo tuvo cerca algo lo impresionó mucho más dejándolo sin habla. El hombre, mucho mayor que él, rengueaba de una pierna y con cada paso describía un semicírculo de guadaña. Con la cara hundida desde el cráneo parecía ser el gaicho al que tantos años antes le rompiera la cabeza. El cuidador le tendió la mano y Augusto correspondió. Le dijo algo el hombre y también dijeron algo los demás. Augusto, enmudecido, miraba fijo al cuidador que se disculpó y fue a seguir con su trabajo. Cuando se alejaba Augusto ya estaba seguro de que no, de que ese no era el gaicho de la pelea. Se fue tranquilizando pero se sentía estúpido. Deberían pensar que lo había impresionado su aspecto, luego le entró un desasosiego, hubiera preferido sacarse esa muerte de encima. Retomó la charla para tranquilizar a sus anfitriones, que lo miraban preocupados. Era época de servicio y lo invitaron a presenciarlo. Vio al semental, un zaino oscuro de manto lustroso y musculatura imponente, piafando y levantando el labio al percibir el olor de la hembra alzada. Los cascos también brillaban porque los enceraban diariamente. Fueron al amplio y fresco galpón donde esperaba la yegua con los trabones en las patas. El cortejo de los caballos suele ser violento, con mordidas, patadas y correteos. El padrillo recibe los golpes indiferente por la obsesión de su único objetivo. No podían darse el lujo de que recibiera una patada en la verga erecta y descomunal, eso podía terminar con el negocio. Además, significaba mucho desgaste físico. Así era mejor porque al encontrar a la yegua atada, la husmeaba rápidamente, la montaba sin más preámbulos y terminaba en un minuto. Todo se hizo con el cuidador al lado que lo sostuvo y dirigió de la rienda, y hasta agarró la verga del zaino con la mano con tanta naturalidad como si fuera la suya, para guiarla hasta su entrada, no fuera que tuviera que empujar un par de veces de más. Luego se llevaron a ese extraño personaje que como verdadero rey del lugar era también un prisionero, para refrescarlo con una manguereada. Para Augusto nada de esto era novedad pero no dejaba de impresionarlo la relación entre el cuidador y el caballo, del hombre convertido en

instrumento. Al tiempo se enteró de que el padrillo había muerto de un cólico en Estados Unidos. Como toda propiedad valiosa, estaba asegurado en una buena suma, pero no podía dejar de preguntarse qué habría sentido aquel hombre, si desolación por la muerte de un pariente o liberación. Preguntas como ésta, quedaban siempre sin respuesta en la mente de Augusto. Era un mundo extraño para él, en el que había aprendido a desenvolverse aunque no se sentía parte. Había sido interesante esa antigua visita, y como él era respetado en la zona, le dijeron que querían conocerlo y relacionarse para negociar algunos de los animales que quedaban fuera del mercado que ellos manejaban, y porque uno de los socios tenía el proyecto de producir mulas en un sector del campo. Si bien era para el futuro, ya estaban haciendo los trámites para importar un par de burros de Europa, pero había que armar un plantel de yeguas de las razas de tiro. Conversaron con él cómo planificarlo. El proyecto estaba enfocado hacia la exportación ya que según decían, no daban abasto para cubrir los pedidos de Sudáfrica. Intercambiaron algunas impresiones que lo dejaron con la certeza de que allí no había negocio para él, y al irse yendo, le pidieron que pasara por unos campos cercanos donde varios pequeños propietarios vendían caballos. Había venido más de paseo que por otra cosa lo que ya era muy raro para él, y no solía dejarse llevar por giros inesperados del destino. Sin embargo, esta vez se sentía manso con el devenir de la vida y como le quedaba de paso, fue parando en los campitos de pequeños propietarios e hizo algunas compras que se justificaban por las modestas pretensiones. En una de las últimas paradas lo invitaron a tomar unos mates y eso le cambió la vida.

Ella era la mayor entre muchos hermanos. Estela, tan bonita y tan gacela, con su pelo negro y lacio hasta la cintura. Compartía con su madre el gobierno de la casa con la autoridad que le proporcionaba ayudar a criar a los más pequeños. Vivían pobremente con dignidad.

Ese campo no daba para más y no se podía dividir sin perder rentabilidad. Eran las mujeres las que se iban. Estela sería una adolescente en la ciudad, pero aquí era una mujer con edad de tener marido y no había soltero en la zona que no le hubiera echado el ojo. Ahora su padre, que había estado afuera con un comprador que tercerizaba caballos, había vuelto a la casa a concretar sus pequeños negocios mientras se tomaba unos mates con el invitado. Estaba contento su padre, parecía haberse entendido con ese hombre seco y seguro que la había atravesado con la mirada al entrar. Su edad cercana a la de su padre mostraba que no arrastraba una vida de desgaste y esfuerzo por el trabajo. Y las cicatrices no lo afeaban, al contrario, lo revestían de una apariencia aún más fuerte. No solo fuerza, poder había en su mirada. Estela dejó la pava en la cocina y fue yendo y viniendo con el mate. Hubiera sido mejor cebar en la mesa pero su ir y venir le permitía observar y ser observada. Su trayecto se convirtió a pesar de su humilde vestido, en un desfile. Cuando cerraron sus tratos, el padre de Estela preguntó:

—¿Le gusta?

—No soy muy matero pero este está bien cebado —contestó Augusto, buscando la sonrisa de la joven.

—Mi hija, ¿le gusta?

Augusto dudó, buscaba una respuesta diplomática pero la pregunta le parecía fuera de lugar. El silencio se prolongaba mientras padre e hija lo miraban. Tuvo que contestar.

—Sí, es muy linda.

—¿La quiere?

—No le entiendo —contestó Augusto sin disimular su desorientación.

—Podría llevársela si la quiere —dijo el padre de Estela, pero Augusto no atinaba a contestar y tuvo que aclararle—: No se la estoy vendiendo, es que me la tiene pedida un capataz de estancia y se me ocurrió pudiera estar mejor con usted, como vi que no lleva alianza.

—Espere espere —dijo Augusto tomándose tiempo para pensar— ¿se la va a llevar un capataz?

—Sí.

—Pero, ¿están enamorados?

—No diga pavadas.

—¿Y ella quiere ir?

El padre hizo una seña a la chica con la cabeza para que contestara y ella dijo:

—Yo voy donde mi padre mande.

Augusto estuvo en silencio un rato, bloqueado.

—¿Lo conocen bien a ese hombre?

—De vista —contestó el padre.

—A ver si entiendo, o se viene conmigo o se va con el capataz.

—Ahá.

—¿Y me la llevo así nomás?

—Primero se casan.

Augusto miró hacia el techo unos momentos y le preguntó a la chica:

—¿Y vos Estela, qué decís?

—Yo voy donde mi padre...

—Quiero una respuesta para mí.

El padre hizo un gesto afirmativo, ella se quedó en silencio y Augusto preguntó:

—¿Preferís venir conmigo o con el capataz?

—Con usted —contestó ella de inmediato.

—Sea —dijo Augusto tendiéndole la mano al padre para sellar el acuerdo. Estela sonrió bajando la vista.

Augusto se fue un par de días a hacer algunos arreglos y traerse ropa más decente. El padre de Estela hizo el trámite ante el juez para autorizar a su hija a que se casara. El mismo día que firmaron en el civil, hicieron la ceremonia a la capilla. A Augusto no le importaba la religión, pero para esta gente era muy importante. Cuando el cura le

preguntó si estaba bautizado y había tomado la comunión, dijo que sí. El casamiento fue sin misa. Augusto dejó guardado el traje en la camioneta para no quedar fuera de lugar, ya que todos fueron con ropas muy humildes y gastadas aunque inmaculadamente limpias. Estela se puso uno de sus dos únicos vestidos, el que casualmente estaba lavado y planchado. Todos actuaban como si aquello fuera lo más normal del mundo. Él no había pensado nunca en casarse, no sentía la necesidad de formar una familia, nunca se había visto a sí mismo como padre y no creía que una mujer pudiera ser feliz junto a un hombre como él. Vivía con la distancia de un observador y no entendía por qué había aceptado casarse con esa chica desconocida. Le molestó que un capanga se llevara a esta joven tan bella, tan fina. Era tirarle margaritas a los chanchos. Volvieron a la casa, Estela fue y vino juntando sus poquitas cosas en un bolso. Parecía contenta, todos parecían contentos menos él que estaba asombrado de los demás y de sí mismo. La miraba ir y venir y la tranquilidad le volvía. Cuando ella desaparecía de su vista, le trabajaba la cabeza. Ahora era responsable por esa chica, él, que nunca se había hecho cargo de nadie, y lo más increíble, ella era responsable por él. Estela volvía con alguna cosa más para meter en el bolso y su cercanía lo tranquilizaba nuevamente. “Qué locura —pensaba— ni siquiera la toqué y ya la necesito.” Lo último que hubiera imaginado que le podía pasar, le estaba pasando.

Salieron para la ciudad. Los padres tenían la dirección pero no iban a ir nunca. Igual podría traerla cada tanto a ver a su familia, aunque estas cosas parecían no preocuparles. En la ruta Augusto puso las balizas y se arrió a la banquina y se quedó mirándola.

—Estela...

—Mande.

—Dejá de contestar “mande” que me pone nervioso y empezá a tratarme de “vos”.

Ella asintió con la cabeza.

—Quiero otra cosa más —empezó a decir Augusto, pero como no encontraba las palabras se quedó pensando. Ella pareció entender y comenzó a desabrocharse el vestido.

—Esperá, no me entendiste, esperá —la interrumpió Augusto que parecía estar haciendo un gran esfuerzo. Pasaron minutos interminables. Algunos coches y camiones circulaban muy de tanto en tanto. Estela se abotonó el vestido y esperó a que Augusto hablara.

—Sé que te va a sonar raro, sos muy linda pero también muy chica y tengo la impresión de que nunca pudiste elegir en la vida, ¿entendés?

Estela movió apenas la cabeza para decir que no. Estaba muy seria, Augusto se mordía los labios, a veces se pasaba las manos por la cara o el pelo. Se tomó unos momentos y siguió:

—A ver, a ver, si ahora no entendés no importa, vas a hacer caso, ¿comprendido? —terminó, arrepintiéndose de inmediato porque se estaba poniendo agresivo y no quería asustarla. Le tomó la mano y dijo—: Esto va a ser así, hasta que no me lo pidas yo no te voy a tocar.

Estela se quedó en silencio. Augusto la animó.

—Decime lo que estás pensando, decí por favor.

—Pero me está tocando —dijo Estela, levantando levemente la mano que Augusto retenía.

Él pareció fastidiarse.

—No me refiero a eso —y se quedó pensando otra vez.

—No le gusto —dijo Estela en un susurro.

—¡Qué no me vas a gustar!, lo que quiero decir es que no vamos a tener sexo si vos no querés y para estar seguro no te voy a tocar hasta que me lo pidas pero no quiero que me lo pidas si vos no querés al menos por ahora —terminó Augusto con la sensación de que había dicho un trabalenguas. Luego preguntó sin esperanza—: ¿Entendiste algo?

—Creo que sí.

—¿A ver, qué dije?

—Que no me va a montar.

—¡Ay Dios mío!, está bien, por ahora te voy a educar. Estela bajó la vista, él volvió a manejar, mirándola de vez

en cuando. Ella observaba cómo se iba urbanizando el paisaje. Augusto no sabía cómo llevar esta relación, era posible incluso que ella se sintiera defraudada. Por momentos se sentía un idiota, como cuando uno está determinado a hacer lo correcto pero no está seguro de qué es.

Augusto vivía en una casa amplia, con varias habitaciones y un pequeño parque. Como estaba mucho tiempo afuera tenía contratada a Teresa, que hacía las compras, cocinaba, se encargaba de la ropa y de la limpieza. Era una mujer mayor, petisa y muy gorda, la cara redonda y enorme, la nariz pequeña, sus ojos dos puntitos brillantes y sus piernas dos macetones. A pesar de esto se movía rápida y silenciosa, nunca necesitaba que la ayudaran en sus quehaceres y si la dejaban hubiera sido capaz hasta de pintar los techos. Era provinciana de pueblo chico, no de campo. Cuando Augusto entró con Estela las presentó.

—Buenas tardes Teresa, le presento a Estela, mi esposa. —¿Su esposa?

—Sí —contestó Augusto incómodo.

—¿Cómo que su esposa?

—Mi esposa —dijo Augusto resignado a dar explicaciones.

—¿Pero usted no era soltero?

—Hasta que me casé.

—¡Se lo tenía calladito!

—Ni yo lo sabía.

Ellas se saludaron con una sonrisa, Augusto le mostró a Estela la habitación que ocuparía y la dejó acomodándose. Fue a la cocina donde Teresa preparaba una merienda y disponía algunas cosas para la cena. La gorda lo miró con picardía y conteniendo la risa le dijo:

—¡Se la tenía escondida!

—Fue muy rápido e inesperado.

—¿De apuro?

—Nada que ver —quiso terminar Augusto.

—Qué jovencita, ¿eh?

—Sí, Estela es muy joven —aceptó Augusto con fastidio. —¡Y bueno!, tanto tiempo solo y ahora es marido y padre al mismo tiempo —dijo Teresa riendo.

—No me joda, mujer.

—Parece que va a dormir solito, digo, como la puso en una habitación aparte.

—Sí... no, no es asunto suyo, dedíquese a sus tareas usted. —A lo mejor ya no me necesita más, como ahora el señor tiene mujer —agregó Teresa, haciéndose la compungida. —¿Será posible que sea tan hincha pelotas?, usted se va a quedar siempre y cuando no me haga la vida imposible. Teresa sonreía con malicia y cocinaba con eficiencia mecánica. Estela recorrió la casa y ofreció ayudar en la cocina. Teresa solo aceptó la charla. Cenaron y la recién casada se fue a dormir. Acostumbrada a levantarse con el sol, estaba agotada. Augusto se quedó frente al televisor. Cuando Teresa terminó de levantar la mesa y lavar se sentó con él. A veces comentaban algo de lo que veían en la pantalla, excusas para intercambiar algunas palabras. Pero esta vez Teresa lo miraba de reojo conteniendo sus risitas que mal disimulaba tapándose la boca.

—¿Qué le pasa Teresa? —preguntó Augusto algo molesto. —¿Así que no la va a tocar hasta que se lo pida? Augusto hizo un gesto de contrariedad y preguntó: —¿Ya le contó?

Teresa asintió con la cabeza mientras se sacudía y se tapaba la boca con las dos manos tratando de meter la risa para adentro. Augusto se sentía como desnudo ante una multitud y a Teresa pronto comenzaron a correrle las lágrimas. Cuando parecía que la risa iba a amainar y se disponía a seguir conversando, le agarraba de nuevo un ataque que ella intentaba reprimir hasta ponerse colorada. Al final Augusto tuvo que rendirse y le dijo:

—Ríase bien Teresa, que así va a reventar.

Al rato ella pudo balbucear.

—Me lo contó cuando vino a ayudarme con la cena. —¿Qué más le contó?

—Por ahora nada más pero ya voy a averiguar.

—Mejor no averigüe nada —ordenó inútilmente Augusto mientras se levantaba para irse a dormir.

Pasó largo rato antes de que le viniera el sueño, pensando que Estela hubiera podido estar a su lado. Se levantó temprano para ir a su campo. Estela ya estaba en pie y le preparó el desayuno. Se fue rápido, dándole un beso en la mejilla al tiempo que le ponía una mano en el hombro. Se dio cuenta de que quería que ella se acostumbrara a su contacto aunque fuera fugaz, y así decidió seguir haciéndolo en adelante. No pudo volver hasta tarde y se sintió culpable porque pensó que Estela se habría estado aburriendo todo el día, sin nada que hacer, con la sola compañía de Teresa. Además la gorda no iba a dejar de tirarle la lengua, aunque Estela ya no tuviera nada que contar. Ya se le había pasado el berrinche y que Teresa estuviera al tanto de sus cosas no le molestaba mucho. Después de todo hacía años que esa vieja metida le lavaba los calzoncillos. La vida le había cambiado con la rapidez con la que un pájaro lo caga a uno en la cabeza, cuando nos damos cuenta ya está. Así le había cambiado la vida a él y, en realidad, no creía que hubiera empeorado, pero sabía que gran parte de su fortaleza residía en que no le importaba nadie, ni siquiera él mismo. Ahora eso había cambiado. Volvió a la casa pensando que tendría que buscar algo para que Estela hiciera, y al ir llegando se le ocurrió que ella podría acompañarlo en sus salidas, por lo menos cuando fuera al pequeño establecimiento que tenía en las afueras. Después de todo no eran mucho más que cincuenta kilómetros y por la autopista parecían cinco. Esta idea lo animó un poco pero Estela no estaba en la casa, solo Teresa lo esperaba con la mesa puesta.

—¿Cómo que salió? —preguntó sorprendido.

—Salió, ¿acaso está presa acá?

—No, pero no conoce la ciudad, es muy peligroso.

—No salió sola, estuvimos charlando toda la mañana y me enteré de algunas cosas más.

—¿Como ser?

—No son de su incumbencia —contestó Teresa con tono militar. Augusto se contenía para no agarrarla del pescuezo, Teresa se dio cuenta de que se le estaba yendo la mano y le explicó—: Esta chica, su esposa, no sabe arreglarse como las chicas de acá, ni siquiera sabe lo que es una depilación.

—¿Y?

—Al mediodía vino mi hija Rosa, ¿se acuerda de Rosa? —Sí, cómo no me voy a acordar, si después del colegio venía siempre, ¿cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—¿Qué?

—Veinticuatro años y dos hijos.

Augusto se sentó y luego dijo sin pensar:

—¿Cómo no me enteré de nada?

—Usted se entera solo de sus negocios, mi hija es mucho mayor que su esposa.

—Teresa, por favor, no me dé máquina que bastante complicado estoy.

—Bueno, usted sabrá que Rosa es cosmetóloga.

—¿Sí?

—No sabe nada —concluyó Teresa, y siguió—: La cuestión es que mandé a Rosa con Estela para que se arreglara un poco y le enseñara algunas de esas cosas, de paso hice que la llevara a comprarse alguna ropita que va a necesitar, me imagino que no hay problema —terminó segura.

—No, está bien, me sorprendí al no encontrarla, pero está muy bien.

—Claro que está bien, la chica no podía estar con dos vestidos viejos y un par de bombachas —dijo Teresa fingiendo indignación— por supuesto, que el que va a pagar todo eso es usted.

—Por supuesto —dijo Augusto, dándose cuenta de que era la primera vez desde que saliera del orfanato que estaba a la defensiva.

—Bueno, no se preocupe que ya les di de la plata de la casa, incluyendo lo que le va a cobrar mi hija, ¿está bien no?

—Usted no da puntada sin hilo, Teresa.

—Y bueno, hay que cuidar el rancho.

En eso entraron Rosa y Estela. Augusto fue a su encuentro y saludó con un beso a Estela, luego miró a Rosa y le preguntó:

—¿Te acordás de mí?

Rosa hizo una mueca rara, después se le escapó un gruñido como si estuviera conteniendo a duras penas algo dentro de ella, se empezó a poner cada vez más colorada y finalmente estalló en carcajadas. Augusto miró al cielo y hablando para sí mismo dijo:

—¡Ay Dios, ya le contó!

La rutina se fue encausando sola y comenzó a pasar el tiempo de manera más o menos inadvertida. Estela siguió frecuentando a la hija de Teresa por un tiempo, conoció la ciudad y aprendió a moverse con soltura por sus calles. A instancias de Augusto se anotó en una escuela nocturna. No era analfabeta pero apenas leía. Aprendió rápido y maduró. En unos pocos años se convirtió en una mujer espléndida y cultivada. Teresa se jubiló y Estela no necesitaba ayuda para manejar la casa. Augusto siguió con sus negocios, recuperó su tranquilidad y lo predecible de su vida. Estela seguía estudiando y tenía sus amigos. Él sabía que era posible que anduviera con otro, que era inevitable que un día se enamorara de alguien y se fuera. Su presencia, verla alguna vez en la semana e intercambiar algunas palabras, le era suficiente. Ella nunca se lo había pedido y él nunca la había tocado más que en el hombro al saludarla. Por fortuna Estela había dejado de contar ese episodio que se había convertido por acuerdo tácito en un secreto. Él también fue cambiando pero no tenía hacia dónde crecer ni madurar, así que empezó a envejecer. Estela se ocupaba de todo lo que pudiera necesitar aún con más eficiencia que Teresa, y además había ido tra-

yendo de a uno a sus hermanos a la ciudad para hacerlos estudiar o trabajar y que esquivaran la vida tan dura que por el destino les hubiera correspondido. Esto no inquietaba a Augusto ya que Estela manejaba todo de tal manera que le pasaba desapercibido. Luego esos chicos se alejaban no habiendo nunca dejado de ser extraños, cada uno a hacer su vida por su lado. Por esa época Estela quiso instalar una galería de arte con unas amigas. Se había convertido en una conocedora, y Augusto tuvo que insistir mucho para que aceptara que él la financiara, ya que ella no consideraba que los bienes de él fueran también suyos. No fue un error, el negocio marchó bien y ganó prestigio en ese ambiente. A él no le gustaban los pintores contemporáneos, pero se quedaba extasiado ante las reproducciones de los artistas del Renacimiento. No tenía conocimientos para juzgar con fundamento, aún así le parecía por simple intuición que lo que hoy ofrecían los artistas era a veces frívolo y carente de dominio técnico. Y esto no lo pensaba solo de los pintores, otro tanto opinaba de los músicos y de los escritores. Estela le explicó desde su creciente erudición, que hoy en día la presencia en el mercado dependía de la propaganda y esta a su vez de la financiación, que a su vez podía darse a través del bolsillo del mismo artista, o de un mecenas desinteresado o aún de un mecenas interesado, incluso del lavado de dinero.

—Creí que mi impermeabilidad a la mayoría de las obras artísticas se debía a mis limitaciones —le comentó con cierto alivio Augusto.

—No solo a eso —aceptó Estela divertida— pero el arte no podría ser tal si solo fuera reconocido por expertos, en algún momento tiene que llegar a la mayoría y ser apreciado en forma instintiva.

“Puede ser que tenga razón —pensaba Augusto— puede también que no, lo innegable es que la paisanita que me traje del campo ya no está.” Se enorgullecía pero también se daba cuenta de que Estela se le hacía día a día más inalcanzable. Ella iba a la casa más espaciadamente, así que contrataron una persona que se hiciera cargo de las tareas domésticas. Augusto comenzó a esperar el momento en que Estela se

fuera, era evidente que tenía un novio por ahí. Cuando eso sucediera volvería a estar solo como cuando estar solo era parte de su forma de ser. Empezaba a comprender a esos chicos que llegaban al orfanato luego de perder a sus padres. Una noche durante la cena Estela le dijo que tenía que decirle algo pero luego se quedó callada jugueteando con el vaso.

—¿Te vas? —le facilitó Augusto sonriendo con tristeza.

Ella asintió con la cabeza, entonces él volvió a preguntar:

—¿Te enamoraste?

—Sí —contestó Estela como disculpándose. —Está bien, supongo que era inevitable. —¿Estás defraudado?

—No, lo que tenía que pasar es esto, me alcanza con que puedas elegir —le dijo aludiendo a una vieja conversación, la primera.

Terminaron de cenar en silencio, era la última noche, a la mañana Estela se iría a seguir su vida. Augusto no podía dormir, daba vueltas y vueltas en la cama. La puerta de su habitación se abrió despacio y alguien entró. Prendió el velador y la vio parada junto a su cama, desnuda.

—¿Qué hacés, Estela?

—Vine a pasar la noche con vos —dijo ella mientras se le metía en la cama corriéndolo para que le hiciera lugar con golpecitos del dorso de su mano. Augusto sonrió y le preguntó:

—¿Me vas a pedir algo?

—No, nunca te voy a pedir eso.

—¿Entonces?

—Entonces nada —dijo ella susurrando al tiempo que le acariciaba el pelo inclinándose sobre él.

—No es necesario, Estela —dijo Augusto, pero ella lo siguió acariciando, lo besó si no con amor con cariño, como nadie lo había hecho con Augusto jamás. Se le sentó encima y se penetró a sí misma con la erección de ese hombre que por fin era su esposo. Luego se tendió sobre él a lo largo de su cuerpo y permanecieron tratando de

no moverse para hacerlo durar. Esa llama no podía volver a encenderse.

Augusto despertó, Estela ya se había ido. La casa nunca había sido bulliciosa pero esa mañana mientras se preparaba el café, el silencio era tal que podría figurarse que el aire había perdido la facultad de transmitir vibraciones. Ya no volvería a la vida de antes de conocerla, esa vida de la que Estela sin darse cuenta lo había arrancado unos pocos años atrás. Se preguntaba cómo se llamaría eso que se había quedado sintiendo. Estela lo llamaba de vez en cuando, los tranquilizaba a los dos escucharse. Augusto añoraba la indiferencia que había perdido. Seguía con sus negocios, yendo y viniendo, manejaba cada vez más rápido, temerariamente. Volviendo una noche por el camino interno de una estancia, no vio el caballo hasta que entró por el parabrisas. El estruendo fue lo único que sintió y se encontró de pronto acostado boca abajo en la tierra. Recordaba el sonido del impacto, de la chapa y los vidrios triturando la carne y los huesos, sangre de hombre y animal mezcladas. Se sintió agradecido por haber caído en la tierra y no en el asfalto, giró sobre sí para quedar de cara al cielo. Palpó el chorrear de su cara, encontró un cráter y multitud de estrellas en el cielo. Se me fue la vida, pensó. Recordó que esta muerte no le resultaba extraña, que se la había envidiado a los soldados que en batalla se quedan mirando el cielo por primera vez. Se puso casi negro y las constelaciones que nunca se había molestado en conocer pasaron ante él rindiéndole homenaje. Se sintió girando junto con la Tierra y por primera vez formó parte. Despertó desilusionado en una cama de hospital, la cara de Estela se le acercó hasta rozar las mejillas y le explicó que había tenido un accidente, que había perdido el ojo izquierdo y el brazo del mismo lado, que estaba en terapia intensiva. Estaba avergonzado, no había sido inevitable, había conseguido a un alto costo llamar la atención. Ahí estaba junto a él Estela, preocupándose y tratando de ayudarlo. Se sintió el más estúpido de los hombres, porque él hubiera despreciado semejante actitud aunque inconsciente en cualquier otra persona, pero

en él mismo que durante la mayor parte de su vida había sabido que no era nadie, que no era nada, resultaba patético. No podía hablar y aunque hubiera podido, ¿cómo explicarle a Estela?, ni siquiera con ella podía hablar de esto.

Se recuperó tratando de que Estela no estuviera pendiente de él. Cuando volvió a su casa, estuvo largamente frente al espejo del baño observándose la cara. Debió maniobrar con los espejos laterales del botiquín para poder verse bien el lado izquierdo con el ojo que le quedaba. Se quedó un rato largo tratando de reconocerse en el reflejo. Las viejas cicatrices que en otro tiempo luciera como condecoraciones, se perdían entre las brutales del accidente. Ya no mandaban en su destino, ya no eran lo que más llamaba la atención en su cara, ya no le hacían de faro para indicarle dónde estaba ante la vida, no estaban con él. Una lágrima le salió del ojo y surcó esa cara de extraño hasta caer. Recién ahora había nacido, ahora que le había dolido se sentía por fin parido, de una vez por todas para bien o para mal, era uno más entre los hombres.

Estela se fue a vivir a otra ciudad. Se mantenía en contacto telefónico e intercambiaban papeles por correo porque legalmente seguían casados y debían firmarse documentos. Meses después de su partida, Estela había tenido una hija y le iba bastante bien con el merchandising del arte. Augusto había retomado sus actividades. Sus pérdidas físicas no lo afectaban en otro aspecto que no fuera el meramente práctico para su movilidad. De vez en cuando le daba por mirar las estrellas. No debía ser lo mismo verlas con un ojo que con dos, pero él las había descubierto al inaugurar su visión monocular. No tenía nada de qué lamentarse, se había conseguido un parche negro muy a su gusto, que se fijaba con una cinta que le rodeaba la cabeza en diagonal y había recuperado la sensación de fortaleza que otrora fuera su orgullo, inclusive la actitud implacable para consigo. Recordaba de memoria uno de los fragmentos del “Evangelio Apócrifo” de la Obra Poética de Borges, que Estela le leyera alguna vez entre risas recriminándole no

haberle contado que el escritor lo conocía íntimamente “Desdichado el que llora, porque ya tiene el hábitomiserable del llanto”. Eso le había leído, y la verdad que le venía al pelo. Sólo recordaba haber llorado una vez en la vida, una lágrima. Si hubiera llorado dos veces podría juzgarse un llorón de mierda, aunque si Estela viniera hoy y le leyera aquello de “Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor”, entonces quién sabe. Calculó que con los años vendría la vejez pero lo cierto es que conservó su porte energético y cierto magnetismo que su personalidad había tenido siempre. No le servía, porque no permitía que nadie se le acercara demasiado, pero retardaba su declinación y lo hacía pensar que quizás su falta de autocompasión estaba vinculada con eso. Pensaba en Estela, por lo menos una vez al día la recordaba hasta poder verla, y seguía adelante con lo que el día le deparara sin permitir ningún sentimiento. Pero ese día era distinto, ella lo había llamado para avisarle que esa noche se pegaría una vueltita por su casa. No le había adelantado el porqué de una visita personal pero ella no necesitaba excusas, ni siquiera necesitaba razones y él no se las pidió. Pasó el día concentrado en su trabajo, sin ansiedades. El único cambio fue que regresó más temprano para tener tiempo de bañarse, relajarse un rato y comprar comida. Cuando ella entró, no le dijo nada. Ni hola ni buenas noches ni tanto tiempo ni bienvenida ni nada. Solo le sonrió y se dieron un beso en la mejilla. También el tiempo había pasado para ella. Elegante señorona, estaba un poco gorda y se le notaba la tintura. Para él, Estela siempre iba a ser “la mujer”. Intercambiaron algunas de las frases usuales de los reencuentros, Estela inspeccionó la casa y tiró al aire a modo de admonición cariñosa:

- Está todo un poco dejadito.
 - Vengo nada más que a dormir.
 - Te preguntarás a qué vine.
 - No me pregunto nada.
- Estela sonrió.
- No cambiaste.

—¿Es un elogio o una crítica?

—Una descripción. —Augusto sonreía y ella siguió hablando—: Mirá, tenía algunas cosas que decirte personalmente y me pareció que había llegado el momento.

—Entre nosotros siempre fue todo muy claro.

—Hasta que me fui o, mejor dicho, hasta el día anterior al que me fui. —Estela se tomó unos segundos antes de seguir—: Vos sabés que tengo una hija de 15 años.

—Sí, claro que sé, ¿se parece a vos?

—La tenés que conocer.

—No, no —susurró Augusto con dolor.

—¿Por qué no? —preguntó ella sorprendida.

—Mirá lo que soy, manco, tuerto, viejo y como si esto fuera poco, raro.

—Augusto, tenés que saber algunas cosas...

Pero Augusto la interrumpió:

—No hay nada que saber y no tengo nada que reprocharte, me parece bien que hayas hecho tu vida y que tengas una hija, sos lo más cercano que haya tenido a una familia; nunca entendí por qué no hicimos el divorcio ya que tampoco quisiste dinero ni propiedades.

—Estela amagó querer contestar pero Augusto la cortó con un gesto de la mano—: No me molestó pero ahora pienso que viene bien, ya que ni siquiera tengo que hacer testamento para que heredes todo vos.

—¿Heredar?

—Los años pasan para todos; si no te interesa por lo menos que quede para tu hija.

—Nuestra hija —dijo Estela y Augusto quedó petrificado.

Tardó en reaccionar.

—¿Y tu novio?

—No hubo nunca ningún novio.

—Bueno... el tipo con el que te fuiste.

—No era un tipo, era una tipa.

—¡Mierda! —dijo Augusto en voz baja y para sí mismo. —¿Te molesta?

—No Estela, es cosa tuya pero voy de asombro en asombro y no sé ni dónde estoy parado.

—Cuando te dije que te hice trampa me refería a nuestra última noche, la única que pasamos juntos; aunque no te amé como se supone que una mujer tiene que amar a un hombre, siempre te quise, así que me llevé una hija tuya. —Y siguió—: Hace un par de años que no vivo en pareja y creo que llegó el momento de que la conozcas, ya está al tanto de todo.

Se hizo un silencio profundo y Augusto se sentó ensimismado y cabizbajo. Estela intentó adivinar.

—Me debés estar odiando.

—No, no es eso, necesito algo de tiempo para hacerme a la idea, para pensar.

—Vine con mi coche, en seis u ocho horas estamos en Mendoza.

—¿Horas?, me refería a más tiempo. —¿Cuánto tardé yo en irme con vos?

Augusto sonrió, Estela siempre había sido la única capaz de derrotarlo. Cenaron y partieron de inmediato. Al rato de andar, cuando ya habían salido de la ciudad, Estela se arrimó a la banquina y poniendo las balizas detuvo el auto. Entonces miró fijo a Augusto y le dijo con preocupación:

—Tengo que aclararte algo, prestame mucha atención. Augusto asintió con un gesto y esperó en silencio a que

Estela siguiera. Ella le tomó una de sus manos y le dijo con voz grave y profunda:

—Hasta que no me lo pidas, no te voy a tocar.

Estallaron en carcajadas y reanudaron la marcha pero cada vez que sus miradas se encontraban no podían evitar reír. Y así tuvieron que soportar todo el viaje, riendo y riendo.

La habitación

Ubaldo era un viejo especial, se daba cuenta de cosas que nadie parecía percibir, aunque una vez señaladas por él se hicieran evidentes. Le escuché decir, sentado en la mesita saboreando su vasito de tinto, que la privatización de las empresas tendría el efecto de una segunda deuda externa, y había tenido razón. Le escuché decir que la convertibilidad un peso-un dólar terminaría destruyendo la industria, y había tenido razón. Le escuché decir que una crisis financiera terminaría en la confiscación de los depósitos bancarios, y había tenido razón. Lo había anticipado mucho antes de que sucediera y de que cualquiera de los presentes lo pudiera creer. Ubaldo no solo opinaba de política y finanzas. Apenas se popularizó la historia del criminal serial al que apodaban el loco de la ruta, que mataba prostitutas y mutilaba sus cuerpos, Ubaldo nos confió que se trataba de una organización criminal de policías y jueces. Pasaron más de tres años con la televisión saturando con los análisis de los crímenes del “loco de la ruta”, para que se descubriera lo que Ubaldo había predicho mediante un simple razonamiento. Yo paraba la oreja cada vez que Ubaldo hablaba y hacía lo imposible por no perderme una palabra, porque Ubaldo no hablaba conmigo, éramos conocidos de vista y esos comentarios se los hacía al mozo del bar en voz alta para que escucharan todos. Le escuché decir que no se pelearía casa por casa en las ciudades de Irak y que la invasión sería bastante más sencilla de lo esperado, y que quedarían atrapados al ocupar el país. Esto era algo que ni los generales retirados

que pululaban por los noticieros del mundo habían podido deducir y cuando un mes después vi que se cumplía, no pude evitar acercarme a preguntarle cómo lo había sabido.

—Cómo no saberlo —contestó él.

Me quedé en silencio, dudando sobre si la conversación había terminado, pero me sonrió abiertamente, con una seña me invitó a que me sentara y a partir de ese momento compartí la mesa de Ubaldo y me propuse conversar con él hasta aprender a utilizar la información como él lo hacía. Iba un par de veces por semana porque tenía que hacer tiempo al ir de un trabajo a otro y así coincidía con la infaltable presencia de Ubaldo a las siete de la tarde ante su vaso de vino. Y si bien no tenía nada de extraño, ese hombre gordo y añoso llegó a convertirse en un verdadero oráculo viviente para mí que vaya a saber por qué lo vinculaba con la Grecia antigua, lo cual me hacía sentir sabio al menos por algunos momentos. Además me sentía muy cómodo con él, que me recibía con esa sonrisa tan afable e incondicional. Dejé de manifestarle mi admiración porque en varias ocasiones me aclaró que lo que admiraba no era su inteligencia sino su falta de estupidez. Ese razonamiento me dejaba a mí como el estúpido, de lo cual me di cuenta de luego de analizarlo durante días, así que no solo dejé de manifestarle mi admiración por sus supuestas facultades, sino que fui más allá y dejé de admirarlo, lo cual hizo nuestra relación mucho más llana. Un tiempo después también me di cuenta que nosotros no hablábamos en forma coloquial sino más bien con el cuidado que se toma quien escribe. Nuestra relación era epistolar pero sin cartas, y lo suficientemente importante para que no pudiera negarme a aceptar la invitación a cenar a su casa. No me agradaba la idea, no por Ubaldo ya que hubiera pasado la vida intercambiando cartas verbales con él, sino porque tenía una hermana y cenar con una persona extraña no me entusiasmaba. No sabía qué comentario o actitud podría molestarla y estar atento me quitaría la posibilidad de disfrutar la relación con Ubaldo, que con tanto esmero había cultivado. No pude negarme

y me vi entrando en el viejo caserón del pasaje. No se veía nada desde afuera porque un gran muro separaba la calle del gigantesco y descuidado parque que rodeaba una casa viejísima, de esas que se construían con ladrillos de adobe allá por mil ochocientos. El clima subtropical que durante parte del año tenemos, propiciaba que enormes plantas, arbustos y árboles cubrieran el terreno a punto tal que si no hubiera seguido a Ubaldo por el sinuoso sendero, podría haberme perdido. Llegué justo a la hora de cenar, así que no tuve que esperar, lo que hubiera sido insoportable porque la hermana de Ubaldo era un ser absolutamente abominable. Me la presentó sin decirme su nombre y ella me ignoró. Era chiquita, encorvada y surcaban su cara miles de pequeñas arrugas. Su piel parecía un cuero sobado, se movía rápido trayendo cosas que dejaba golpeándolas contra la mesa como si quisiera romperla. El fastidio le salía por los ojos y por el rictus amargo de su boca de muerta, con solo dos dientes, uno arriba de un lado y el restante abajo del otro. Tanto los cubiertos como los platos y los vasos estaban impregnados de una pátina oscura. El mantel hubiera podido pasar por una colcha si no fuera por las manchas de vino, salsas y una más grande casi en el centro que parecía de un vómito. Ubaldo notó la angustia en mi cara y pensando que se debía a las actitudes de su hermana me dijo que me quedara tranquilo, que ella siempre era así. Ella apareció con una cacerola humeante.

—¡Guiso de lentejas! —exclamó eufórico Ubaldo, al tiempo que ella clavaba la cacerola de un golpe sobre un diario amarillento que hacía las veces de posafuentes.

Logré identificar algunas lentejas en el mazacote de grasa que burbujeara como lava en el ennegrecido recipiente. Insistí en que me sirvieran apenas, gracias a una úlcera que inventé ad hoc, y me dediqué lentamente al vino que era muy bueno y que yo mismo había llevado. Me había tocado un vaso de grueso vidrio irrompible, verde oscuro, labrado por fuera, por lo cual retenía más mugre que los demás pero se notaba un poco menos. Ubaldo comía tranquilamente, su hermana

me miraba con odio desde el otro extremo de la mesa y yo bebía de sorbitos tratando de que el tiempo pasara lo más rápido posible. Todo transcurría en silencio, a pesar de que la única razón de mi relación con Ubaldo era su charla. Cuando terminó de comer me preguntó si quería un café. Fue como si me tiraran un salvavidas, la cena había terminado. Apenas habían pasado quince minutos pero el café me daría la ocasión de despedirme. La hermana trajo un jarro de acero lleno hasta el borde de café caliente como para pelar chanchos. Yo había pensado beberlo rápidamente, pero además de ser un jarro enorme, estaba asquerosamente sucio y hubiera jurado que la espantosa mujer había puesto el metal al rojo antes de llenarlo solo para joderme. Mientras lo inspeccionaba noté que tenía un gran escudo argentino en un costado.

—Me lo afané de la colimba —me dijo Ubaldo orgulloso. Quería tomar un par de traguitos para irme lo más rápidamente posible, pero no lo podía ni tocar. Tanto Ubaldo como su hermana me miraban como si yo fuera un animal extraño en una jaula, así que después de algunos minutos decidí simular el primer trago y doblando varias veces el trapo engrasado que me habían dado como servilleta tomé el jarro por el asa. Cuando mis labios estaban por tocar el borde Ubaldo me comentó que el que más había usado ese jarro había sido su hermano Julito, que había muerto de lepra meses atrás. Instintivamente separé el jarro de mi boca, pero Ubaldo y su hermana me miraron con asombro, entonces giré la muñeca y cerrado los ojos le di un sorbito por el borde opuesto al asa

—¡Mirá —le dijo Ubaldo a su hermana— toma igual que Julito!

No aguanté más y aunque sabía que podía costarme la amistad de Ubaldo, me paré y le dije que ya me iba.

—No podés.

—Sí, estuvo todo muy rico, la pasé bárbaro, les agradezco mucho, pero ya me voy.

—Esperá, tenés que hacerme un favor.

—Lo hablamos otro día.

—¡Esto es muy importante! —me dijo en tono de súplica indicándome con la mano que me sentara. Lo hice con lentitud, resignado pero listo para salir poco menos que corriendo. Ubaldo comenzó a explicarse—: Te habrás dado cuenta de que mi hermana y yo somos diferentes a los demás.

—No sé a qué te referís —contesté, haciéndome el irónico.

—¡Nuestra stirpe se acaba!

—¿Qué stirpe?

—Necesito que embaraces a mi hermana.

—¡Andá a la puta que te parió! —le grité mientras me paraba con tal violencia que la silla salía volando contra la pared.

Ubaldo me miró como si tuviera un gran dolor que no pudiera expresar y me dijo:

—Yo te la sostengo.

—¡Andate al carajo! —le grité desahogado al enfilar resueltamente mis pasos hacia la puerta.

—¡No te podés ir! —fue lo último que escuché.

Abrí la puerta y salí hacia la oscuridad del parque, pero apenas la hube traspasado me encontré en la misma habitación de la que venía. Quedé paralizado, miré hacia atrás y vi la puerta abierta por la que acababa de pasar y la oscuridad desde la que entraba el aire fresco de la noche y el aroma de la vegetación. Volví a traspasar la puerta y otra vez me encontré en la habitación. Repetí tantas veces la maniobra que olvidé de que lado había partido. Probé sacar un pie pero no pasaba nada, la oscuridad permanecía, entonces iba saliendo de a poco, mas cuando el pie que había quedado atrás perdía contacto con el suelo me encontraba de nuevo en la misma habitación. Ni Ubaldo ni su hermana estaban por ningún lado. Fui hasta la puerta por donde suponía que debería estar la cocina porque desde allí la hermana de Ubaldo había traído la comida, pero al pasar por el umbral me encontré en la misma habitación de la que salía. Igual me pasó al volver e igual al

tratar de salir al parque por las ventanas. De tanto en tanto llamaba a Ubaldo a los gritos o pedía ayuda con la esperanza de que alguien pudiera escuchar. Nadie contestaba, no había eco, ni siquiera retumbaba mi voz, era como si solo yo pudiera escucharme. Fui hasta la mesa y toqué el jarro, estaba helado. Levanté la silla y me senté frente a la mesa inclinándome para apoyar la frente en mi antebrazo, necesitaba serenarme.

Me despertaron los cantos y gorjeos de miles de pájaros. La luz apenas me permitía abrir los ojos. La puerta había quedado abierta y esta vez cuando pasé por ella estuve afuera. Recorrí con dificultad el sendero hasta la calle tratando de protegerme del brillo del sol con una mano y apartando las ramas con la otra. Vi a Ubaldo apoyado en el marco del portón, que abierto me mostraba la calle. Salí para irme pero antes de alejarme miré a Ubaldo que estaba tan serio como yo y le dije:

—No quiero verte más.

No dijo nada, sólo me miraba como si buscara algo perdido y pudiera estar justo donde yo me encontraba parado. Sin embargo, en vez de irme, le hablé otra vez:

—Fue horrible —le dije— fue como si llevara esa habitación conmigo, como si formara parte de mí.

—Bien dicho —dijo Ubaldo con orgullo.

—No te quiero ver más —le repetí en voz baja con tono neutro y monocorde, más como una máquina que como una persona, y me fui.

Yo era muy joven en esa época y venía de una infancia un poco difícil, con un padre violento que estaba ausente la mayor parte del tiempo. Su llegada a casa era motivo de zozobra y su partida un alivio. Era también muy enfermizo y cualquier enfriamiento terminaba en una pulmonía. Caía en cama y quedaba aislado del mundo sobrellevando mis malestares y mi aburrimiento. En un par de ocasiones estuve grave. Antes de la época de los antibióticos hubiera muerto muy joven. Eso me dejó la impresión, que hasta hoy en día me acompaña, de que estoy de

más en este mundo, que mi destino era abandonarlo mucho antes y que no tengo nada que hacer aquí, y aunque me había llegado a sentir tan mal como para esperar la muerte como un alivio, no obtuve de ello más que la sensación de permanente incomodidad entre mis semejantes. Ni conocimiento, ni madurez, ni inteligencia que me permitiera no ser tan impresionable como para que una persona como Ubaldo me influenciara arrastrándome a una aventura estúpida y hueca como una pesadilla. Había estado pensando que quizás eso había sido después de todo y que entre la situación incómoda y el vino había dormido la mona. Y aunque así hubiera sido, la forma en que me había mirado Ubaldo no me dejaba dudas de que estaba al tanto de todo lo que yo había pasado, fuera pesadilla o realidad. Aquí estaba de vuelta yo en este mundo extraño que rechazaba y por el que me sentía rechazado y más solo que antes de conocer a Ubaldo. Perdidos mis amigos de la infancia y el colegio al dispersarse cada uno por su lado, había tenido que postergar los estudios porque la necesidad de trabajar me tenía corriendo para alcanzar la mera subsistencia. El viaje de ida al trabajo me tomaba una hora de colectivo a la mañana y un poco menos a la noche. El peor viaje era sin dudas el de la mañana porque iba parado y llegaba cansado de antemano. Si me sentaba duraba poco, muchos de los que viajaban eran viejos o embarazadas o gente enferma y tenía que ceder el asiento. No servía mirar para otro lado o hacerse el dormido porque terminaba viajando más incómodo ya que la condena social del microcosmos del colectivo se hacía sentir implacable. Había que pararse, era la solidaridad de los pobres con los pobres, la única. A la noche era más llevadero porque había menos tránsito, el colectivo iba más rápido, viajaba menos gente y era posible sentarse, pero ante todo por la seguridad de que había terminado el día y llegaría a mi casa para saludar con un gruñido, tragar cualquier cosa y tirarme a dormir como quien muere hasta el otro día. Ese estado de inconsciencia era lo que más anhelaba, mi único descanso. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no dormirme en el viaje de vuelta, no apoyar la cabeza contra el vidrio de la ventanilla. Era muy peligroso, podían robarme lo

poco que llevaba, cortarme el cuello o, peor aún, seguir viajando. Esa lucha contra los párpados de plomo, se sumaba a mis sufrimientos. No quería sentirme víctima ni un paria aunque ya lo fuera desde que sobreviviera una y otra vez pese a mi debilidad, sin merecerlo, sin ser fuerte, para estar de más. La experiencia con Ubaldo me había dejado más afuera de este mundo. Lo primero había sido la temprana conciencia de mi mortalidad, eso me ponía por encima de las piedras, las plantas, los animales y de Dios. Luego me arrasó una soledad que me hizo desear ser tan ausente como los demás, masa de sensibleros insensibles, de curiosos inconscientes, de rutinarios mecanicistas que ya no me contenía. Y finalmente el episodio en la casa de Ubaldo, que me escupía en la cara que mi culpa era mi culpa y solo yo podía hacer algo, y solo podía valer la pena si lo hacía desde un lugar que estaba fuera de mi alcance.

Muchos años después me encontré con Ubaldo. Yo había bajado del tren y caminaba entre una muchedumbre por la avenida y de pronto Ubaldo caminaba a mi lado, sonriente. Parecía de mi edad, estaba impecable en su traje oscuro, todo un galán de telenovela. Yo no podía decir nada ni quitarle la vista de encima mientras caminábamos. Ni siquiera nos habíamos saludado, su sonrisa amistosa soslayaba toda cortesía. Nos paramos en la esquina y él se dispuso a cruzar. Yo tenía que seguir y ni siquiera se me ocurrió ir con él, a pesar de que mi diligencia no era impostergable. Segundos antes de que el semáforo le diera paso, me dirigió la palabra.

—Lo expresaste bellamente aquella vez.

—No era una habitación, era una prisión —arriesgué dándome cuenta de que era la primera vez que se me ocurría semejante cosa, y proseguí—: Yo no estaba en la prisión, era la prisión.

Ubaldo inclinó levemente la cabeza en señal de despedida a la vez que respetuoso homenaje y cruzó. Lo vi confundirse entre los demás a medida que se hacía más y más pequeño. Empecé a mejorar sin que pudiera relacionarlo con la experiencia en la casa de Ubaldo. Mi pensamiento persistente sobre el suicidio me había abandonado, en algún

momento había escapado por una válvula invisible sin que me diera cuenta. Noté su pérdida cuando me sorprendí rememorando esos pensamientos como hechos del pasado, cuando no encontraba sentido a seguir luchando, sufriendo, esperando por nada. Si no hubiera estado mi madre, si no hubiera tenido que imaginar lo que ella iba a sufrir con mi decisión, hoy yo no estaría aquí. Esa época de mi vida me parecía un recuerdo lejano sin importancia. Mi vida no era buena pero estaba encaminada de otra forma. Había descubierto que el agobio que me aplastaba la mayor parte del tiempo provenía de mis pensamientos. Cuando me descubría internándome por esos pasadizos, los asociaba con los senderos por los que había llegado a la casa de Ubaldo y con la habitación que me arrastrara a la desesperación. Entonces ya no trataba de escapar y si me encontraba muy confundido me detenía. Otras veces me daba cuenta antes, como si me hubiera metido en otra habitación y esta toma de conciencia me centraba y podía seguir. Era una herramienta más que las que tenían otras personas, una ventaja, un freno para la mente. Ahora me encontraba parado ante la casa de Ubaldo. A pesar de que vivía cerca, había evitado pasar por allí en todos estos años hasta ese día en que fui sin saber por qué. No me sorprendió que estuviera deshabitada y tampoco el cartel de venta. La contemplé un rato largo, la vegetación era aún más tupida que antes, fuera de control, los muros perimetrales se inclinaban peligrosamente sobre la vereda amenazando con caerse ante la expansión creciente de la red inconmensurable de raíces. Llamé a la inmobiliaria para saber el precio de semejante terreno en plena ciudad. Me extrañó recordar el número de teléfono que había visto en el cartel. Me atendieron cortésmente, me comunicaron el precio del lote, miles de veces superior a lo que yo hubiera podido gastar, y sobre la casa me comentaron que eran restos para demolición. Le expliqué que quería visitar la propiedad antes de decidir si la compraba, ya que había conocido la casa mucho tiempo atrás y no descartaba recuperarla aunque fuera antieconómico. Esto entusiasmó a la vendedora, fijamos día y hora, me vestí lo mejor posible y fui caminando para que no viera

mi coche. No tenía un objetivo y estaba mintiendo tontamente, pero cuando vi a la vendedora ya no me importó nada. Era el hembrón más espectacular que hubiera visto en mi vida y estaba conmigo, aunque no fuera por las razones que hubiera querido. La ayudé a abrir el portón. Me había dicho su nombre pero era tanto mi deslumbramiento que no escuché y después me pareció que iba a quedar mal preguntarle.

Avancé apartando las ramas alternativamente con cada brazo, nadando en la densidad de la selva. Ella me seguía con dificultad, pronto llegué hasta la entrada de la casa y vi la puerta podrida tendida en el piso. Escuché un jadeo tras de mí y vi a la vendedora agitada, arañada y sucia por la travesía. Entré a la casa y por un momento me sobrecogió la angustia. La luz del sol se filtraba por hendiduras en las ventanas y profundas rajaduras en las gruesas y frágiles paredes y era suficiente para ver. La cocina permanecía más oscura a pesar de que entraba luz por una claraboya. Un grito de la vendedora me hizo volver al comedor.

—¡Una rata! —exclamó al tiempo que se abrazaba a mí.

El piso estaba cubierto de hojas, tierra y ramas que había metido el viento con los años. Otro movimiento ruidoso entre las hojas la sobresaltó nuevamente y se me apretó más.

—Una lagartija —le dije, y le aclaré—: una lagartija amiga. Cuando ya le había pasado el brazo por la cintura, unos aleteos en las alturas del techo llamaron nuestra atención, entonces le dije, divertido ante su espanto:

—Lo más parecido a una rata acá, son esos murciélagos.

Le pasé la mano bajo la pollera.

—No, déjeme —gimió forcejeando levemente, y luego—: No, acá no —mientras le bajaba la bombacha.

Nos movimos con suavidad, ella de espaldas apoyándose contra la pared. Yo había pasado una de mis piernas por entre las suyas y la enlazaba con mi brazo de la cintura. Salimos confundidos cada uno por su lado. No nos volvimos a ver y a pesar de que la experiencia había sido insólita para una persona como yo, no estaba. Por la mañana caminé

hasta la estación y tomé el tren. Se cerraron las puertas y nos pusimos en movimiento. Un adolescente que me sonreía mirándome como si me conociera me hizo una seña con el pulgar hacia arriba en señal de éxito, ¡era Ubaldo!

—Lo hiciste —me gritó— mi estirpe ya no está en peligro. Me levanté para ir con él, pero el tren tomaba velocidad y dejaba atrás a un Ubaldo exultante. Me hice muchas preguntas que quedaron en el vacío.

Pasaron unos años más y mi vida se sosegó. Me había casado y cuando los hijos no vinieron decidimos dejarlo así. No quería forzar al destino, si no venían, no venían. Sin embargo, cuando ya no lo esperábamos mi mujer quedó embarazada. No me entusiasmaba, me sentía viejo para ser padre. A pesar de que nos hicimos varios estudios para asegurarnos de que todo estuviera bien, no llegó a nacer. Quedamos destrozados, mi mujer no se levantaba de la cama y se aferraba a las cosas que habíamos comprado para nuestro hijo. Una noche, al llegar a casa la encontré con un bebé de pocos días en sus brazos.

—¿Y eso?

—Estaba en la puerta.

—¿En nuestra puerta?

—Sí, envuelto en su mantilla, limpito y bien alimentado. —Hay que avisar a la policía —dije yo, pero ella me miró aterrorizada. Le sonreí y sin darme cuenta debí hacerle un gesto afirmativo de comprensión. Con alivio me contó:

—Tenía un papel entre la ropita.

Lo tomé de entre sus manos temblorosas y leí: “Me llamo Ubaldo”. Esa noche me asomé a la cuna y Ubaldo, que parecía haber estado durmiendo, de pronto abrió los ojos y me miró.

—Vas a tener que explicarme muchas cosas, hijo, cuando seas grande vas a tener que explicarme.

Ubaldo me sonrió como había hecho siempre desde que nos conociéramos.

Deshacerse de Juancho

Había que deshacerse de Juancho y yo tenía que hacer el trabajo sucio. Me lo habían encajado sin preguntarme y no podía negarme, era el único hombre en la casa. Juancho había estado varios años olvidado en el fondo de un ropero en la pieza de mi hermana Marta, una calavera que había comprado en el cementerio para estudiar. Aprobada la materia, Juancho fue olvidado. No ocupaba lugar y no molestaba, o por lo menos eso creíamos. La forma en que Juancho pasó a ser propiedad de Marta no fue ética ni respetuosa, hacía tiempo que los cementerios no entregaban huesos a los estudiantes de medicina y odontología, ya no alcanzaba con requerirlos exhibiendo la libreta universitaria. Había que conseguir un contacto para comprarlos a los empleados que trabajaban en los osarios. Más de un estudiante desaprensivo, luego de usarlos, había revoleado los huesos en un baldío o los había tirado a la basura. En la Argentina, con la llaga perpetua de los desaparecidos, algunos de estos hallazgos habían causado revuelo. La operación fue concretada entre gente siniestra, con cuchicheos, medias frases, gestos y miradas furtivas similares a los que se ven en las malas películas sobre tráfico de drogas o espionaje. El sepulturero sacó a Juancho de una caja que compartía con otros huesos. Estaba con restos de tierra húmeda, lo miré a las cuencas y no pude evitar preguntarme cuánto tiempo llevaría muerto, quién habría sido, si había tenido familia, en qué circunstancias había dejado este mundo.

Volvimos en colectivo mi hermana, Juancho y yo. Pagamos solo dos pasajes porque Juancho iba en su bolsa de plástico y fue en ese viaje cuando recibió su nombre por primera vez en la muerte, al ser rebautizado por Marta sin más ceremonia que una risotada. En casa ella lo sacó para mostrárselo a nuestra horrorizada madre, varias cucarachas salieron por las órbitas, del agujero magno y de atrás del paladar duro como si el ajetreo del viaje hubiera despertado un maleficio. Eran gordas y lentas, quizás algún tipo de escarabajo de las tumbas. Juancho voló por el aire, las mujeres armaron un griterío y yo una vez más tuve que hacerme cargo del trabajo sucio y pisotear los repugnantes bichos. Juancho pasó un par de días sumergido en lavandina pura antes de reamigarse con Marta. Ese año fueron compañeros de estudios, después vino el olvido, la ingratitud y el abandono. Pasaron varios años, estábamos de mala racha y Marta decidió, con la complicidad de mi madre, traer una bruja para que limpiara la casa. No me opuse, me pareció lógico que en una familia que no es religiosa en tiempos de infelicidad se buscara algún consuelo. No quería que hicieran ceremonias en las que degüellan animales y esparcen la sangre. Me aseguraron que no y aunque me parecía una superchería de cuarta acepté pensando que si ellas se sentían mejor sería bueno para todos. No estábamos preparados para lo que pasó. Vinieron un par de mujeres y en cuanto la más vieja balbuceó unas oraciones entornando los ojos, se sacudió como por un escalofrío y dijo que en nuestra casa había restos humanos. Nosotros nos habíamos olvidado de Juancho pero la mujer no solo insistió sino que caminó por la planta baja de la casa y señalando hacia el techo del comedor y exclamó con seguridad:

—¡Está ahí!

Suspiré aliviado, mi temor era que me hicieran levantar los pisos para verificar que no hubiera alguien enterrado. Si se les metía esa idea en la cabeza a mi vieja y a mi hermana, sólo quedaría la opción de empezar a cavar o mudarse y no estábamos en condiciones de hacer ninguna de las dos cosas. Subimos al primer piso y fuimos al lugar

correspondiente al señalado desde abajo, era la pieza de Marta y yo me reía por dentro, ¿dónde van a haber enterrados aquí restos humanos? Entonces ella fue hasta el ropero, abrió la puerta y señaló:

—¡Ahí!

Se me borró la sonrisa cuando Marta gritó:

—¡Juancho! —y luego tuve que soportar la suficiencia de la bruja, el espanto de las mujeres de la casa y el encargo de deshacerme de Juancho.

No podía hacerse de cualquier manera, así que después de que le pagáramos la bruja me indicó que debía llevarlo a más de un kilómetro para dejarlo y alejarme rápido sin mirar atrás. Era muy importante no mirar atrás, para que el espíritu no pudiera seguirme. Esa misma noche me llevé a Juancho en la misma bolsa de plástico en la que lo habíamos traído muchos años antes. Marta no quiso despedirse, las mujeres son implacables cuando quieren sacarse a alguien de encima. Caminé por las calles de la ciudad evitando meterme en las penumbras no porque tuviera miedo, sólo por las dudas. No me parecía bien abandonarlo junto a las bolsas de basura y seguí caminando sin rumbo hasta que en una calle lateral vi un volquete. No contenía escombros ni basura, ¡estaba lleno de tierra! Habían hecho una excavación y el volquete desbordaba de tierra oscura y húmeda. Cavé con las manos un pocito y enterré a Juancho. Iría a una zona de relleno, eso me hacía sentir mejor. Me cuidé mucho de mirar atrás cuando volví, sigo sin creer en esas cosas pero con ser prudente no se pierde nada.

Las cosas no mejoraron en casa por varios años, hasta que empeoraron tanto que no tuvieron más remedio. Sé que Juancho no tuvo nada que ver con nuestros dramas, que le llamamos la culpa injustamente. Me quedó un sabor amargo por abandonarlo después de tantos años con nosotros. A veces al recordarlo, me sigo preguntando quién habrá sido, cómo habrá muerto y si fue feliz.

El contacto

Lo intrigaba que un psicólogo quisiera consultar a un astrónomo. Él visitante se presentó:

—Gracias por recibirme, soy Julián.

—Soy Matías, te estaba esperando, vos dirás.

—¿Creés en la vida extraterrestre?

Matías se tomó varios segundos.

—Me encantaría pero no.

—¿A pesar de que tanta gente lo cree?

—A pesar.

Julián argumentó:

—Hay un cálculo sobre los millones de estrellas y planetas...

—Sí, sí... lo conozco —interrumpió Matías— sin embargo no hay evidencia.

—¿Y si estuvieran lejos?

—No tendría importancia, las distancias son insalvables, el universo es euclidiano y está en expansión.

—Según nuestros parámetros —relativizó Julián.

Matías se fastidió.

—No podés resolver una ecuación de segundo grado y encima me venís a hablar de creencias.

Julián exclamó riendo:

—¡Qué simpático!

Matías no le daría mucho tiempo así que dejó de tantearlo y le explicó que tenía un paciente que afirmaba ponerse en contacto telepático con seres de una civilización extraterrestre.

Matías preguntó:

—¿Bajo hipnosis?

—En estado de concentración.

—¿Permanece consciente?

—En todo momento.

—¿Y qué tendría que ver yo en todo esto?

—Esta persona no puede contar lo que ve pero contesta preguntas por sí o por no, y necesito evaluar contradicciones —terminó Julián.

—¿Este paciente tuyo, está loco?

—Quiero saber si miente, si dice la verdad o si cree que dice la verdad —dijo Julián— la idea es hacer una sesión con la presencia de científicos; por supuesto les pago sus honorarios.

—Me parece una tontería.

—Mejor.

Se encontraron en el consultorio de Julián, Matías el astrónomo, Mabel y Alejandro, un gordo petiso y barbudo que resultó ser el paciente de Julián. Mabel era exobióloga becada en la NASA. Mujer alta y delgada, de fríos ojos celestes, pasando largamente los cuarenta. Miraron a Alejandro pensando “Vaya a saber cómo se le ocurrió a este hombre analizarse, vaya a saber cómo logró entusiasmar a Julián”.

Julián les aclaró que Alejandro había terminado su terapia y que habían dejado esto para el final porque no formaba parte de sus padecimientos y porque no tenía inconvenientes en colaborar con una rápida investigación. Julián temía haber perdido objetividad. Quedó en claro que Alejandro solo respondería por sí o por no y que podían hablar en voz baja entre ellos. Julián le pidió a Alejandro que se contactara y éste cerró los ojos, hizo tres o cuatro respiraciones profundas y levantó una mano en señal de que comenzaran. Julián preguntó:

—¿Estás en contacto?

—Sí —contestó Alejandro, antes de que se terminara de formular la pregunta.

Julián les informó que cuando la pregunta era clara la respondía como si le leyera la mente. Luego invitó a los científicos a preguntar. Matías apenas contenía la risa y no sacaba los ojos de la aureola seca en los sobacos de la camisa de Alejandro. Mabel preguntó:

—¿Cómo son? —pero Alejandro en vez de contestar se movió incómodo en el sillón.

Julián la miró sorprendido y le cuchicheó:

—¡Por sí o por no!

Mabel asintió y recommenzó.

—¿Los ves?

—No —contestó de inmediato Alejandro.

—¿Están ahí?

—Sí.

—¿Te hablan?

—No.

—¿Te viene la respuesta?

—Sí.

—¿Son de la Tierra?

—No.

Todas las preguntas habían sido respondidas antes de terminarlas. Matías se sumó al interrogatorio.

—¿Son de este sistema solar?

—No.

—¿De nuestra galaxia?

—Sí.

—¿De un planeta?

—Sí.

—¿Órbita Sirio?

—No.

Matías miró su reloj e hizo un gesto de impaciencia pero siguió:

—¿En la constelación de Sagitario?

—No.

—¿Orión?

—No.

—¿Cruceles?

—No.

—¿Taurus?

—Sí.

—¿Pléyades?

Alejandro se quedó en silencio, Matías repitió:

—¿Pléyades?

Alejandro se removió incómodo, Julián le preguntó si hacían un descanso y el gordo barbudo asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Matías.

—Aparentemente hay preguntas que no están dispuestos a contestar —explicó Julián y siguió Alejandro.

—Así es, no me viene la respuesta y me aplasta un cansancio tremendo.

Matías y Mabel se miraron pensativos. Julián sirvió café y Mabel aprovechó para preguntarle a Alejandro, si en verdad no los veía cómo sabía que estaban ahí.

—Distingo movimientos y algún perfil semejante al humano por matices en la oscuridad.

—¿Tonos de gris, diferencias de luz? —pidió Mabel que le precisara.

—No, no hay luz allí, todo es rojo, es una oscuridad roja dentro de la cual a veces me parece ver movimientos; no estoy seguro, hasta que una respuesta me viene.

—¿Todo rojo? —preguntó Matías, interesado por primera vez.

—Todo.

Julián quiso saber qué consideraba interesante. Matías le explicó el rojo es el color de mayor longitud de onda y que si lo observado estaba a gran distancia espectro se desplazaba al rojo.

—Los otros colores se estiran y los vemos rojos —dijo pensando en voz alta Julián.

—Sí —concedió Matías—, digamos que se estiran. Entonces Alejandro exclamó, como si súbitamente acabara

de comprender algo:

—¡Por la enorme distancia!

—Fijáte una cosa —siguió Matías como si estuviera ante sus alumnos— las distancias son tan grandes que si ves desde la Tierra una estrella, digamos a cuarenta años luz de distancia, estás viendo la luz que emitió hace cuarenta años. —Y siguió—: La estrella podría haber explotado antes de que nacieras, la ves y ya no existe.

El gordo asentía embobado, como pensando que él había sido el disparador de reflexiones tan profundas. Mabel objetó que si lo que percibía era un mensaje telepático, no tenía nada que ver cómo se modifique una onda antes de ser captada por la mente. Julián preguntó si seguían, el gordo se acomodó en el sillón y cerró los ojos, inspiró inflando la panza y levantó apenas una de sus manos. Estaba listo. Matías le hizo una seña a Mabel cediéndole el lugar.

—¿Están en la Tierra?

—No.

—¿Vienen?

—No.

—¿Vinieron?

—Sí.

—¿Se contactan con la humanidad?

—Sí.

Mabel pensó un poco y preguntó:

—¿Se contactan físicamente?

—No.

—¿Estamos relacionados?

—Sí.

—¿Genéticamente?

—Sí.

—¿Antepasados comunes?

—No.

—¿Derivan de nosotros?

—No.

—¿Están vinculados al desarrollo de la vida en el planeta?

—No.

—¿Están vinculados al desarrollo de la vida inteligente?

—Sí.

—¿Compartimos genes?

—Sí.

—¿Hicieron manipulaciones genéticas?

—Sí.

—¿Con los humanos?

—Sí.

—¿Solo con nosotros?

—No.

—¿Con otras formas de vida inteligente en este planeta?

—Sí.

—¿Están entre nosotros?

—No.

—¿Se extinguieron?

—Sí.

Mabel entrecerró los ojos, Julián la observaba y Matías sonreía con la tranquilidad de quien sabe exactamente qué es lo que está sucediendo. Mabel les dijo:

—Voy a ser más precisa.

Ellos permanecieron en silencio. —¿Manipularon el genoma del Homo Sapiens?

—Sí.

—¿De otros?

—Sí.

—¿Eran menos aptos que nosotros?

—No.

Mabel hizo otra pausa y luego preguntó:

—¿Los extinguimos nosotros?

—Sí.

Ella les comentó que una teoría sostenía que el encuentro con el Homo Sapiens había sido fatal para las otras especies de homínidos inteligentes.

—¿Los hicimos mierda? —le preguntó Julián a Mabel, pero fue la voz de Alejandro a punto de llorar la que contestó:

—Sí.

El silencio se tensó y Alejandro comenzó a removerse en el sillón. Matías se dio cuenta de que la sesión se terminaba y apuró:

—¿Están en Las Pléyades? —pero no hubo respuesta. —¿No quieren que sepamos dónde están? —Sí.

Hubo una pausa de segundos que pareció mucho más larga y Mabel preguntó:

—¿Nos tienen miedo?

—Sí.

Quedaron atónitos, Alejandro abrió los ojos y se estiró. Tomaron otro café, Julián despidió a su paciente y les comentó a Mabel y Matías que si redactaba una comunicación los citaría como fuente de consulta y control. Matías le explicó que nada había sido comprobado, Mabel coincidió.

—Me doy cuenta —les dijo Julián— sin embargo el detalle de las ondas de luz y la genética sonaron interesantes.

—No lo pescamos en ninguna contradicción —dijo Mabel— pero con un poco de información podría estarnos engañando.

—Si estuviéramos dispuestos a creerle —añadió Matías.

Todos sonrieron y Julián preguntó:

—¿No le dan margen, no?

—Nunca va a decir algo que se pueda comprobar, yo insistía con lo de las Pléyades porque viniendo de allí la luz no tiene por qué correrse al rojo.

—Aunque te hubiera dicho que sí —intervino Mabel— se podría argumentar que los mensajes atraviesan ese grupo de estrellas pero vienen desde más lejos.

Matías asentía.

—Siempre hay un argumento, de todas formas a un psicólogo quizás le sirva, ya sea porque esté convencido de que dice la verdad o esté mintiendo.

Salieron juntos a la calle y se quedaron charlando más de una hora. Luego se fueron cada uno por su lado sin saber que habían estado siendo observados. Julián vio a Alejandro que le hacía señas desde mitad de cuadra. Caminaron uno hacia el otro. Alejandro le comentó que se había quedado esperando que saliera.

—Podías haber subido al consultorio o llamado por teléfono.

—No sabía bien qué quería así que me quedé en el coche pensando, después me irrité y quería cagarte a trompadas, pero verlos hablando parados en la calle me causó gracia.

—No entiendo —dijo Julián.

—Que sos un boludo, vos y tus amiguitos; no sé si todavía creés que estoy mintiendo o soy un loco convencido de que tiene razón pero de algo estoy seguro, todos ustedes son unos estúpidos.

—¿Por? —preguntó Julián con calma profesional.

—No preguntaron nada importante, cada uno encerrado en su ciencia tratando de confirmar lo poco que sabe y dejando de lado lo que más importa.

—Bueno... no sé...

—¡Son patéticos!, no tiene importancia lo que hacen. —Julián iba a hablar pero Alejandro lo cortó—: No me lo vayas a preguntar ahora —dijo, y se alejó, pero Julián le gritó:

—¡Espera, no me dejes así!

El gordo se dio vuelta y lo miró con lástima unos segundos.

—Te conocen.

La última frase del gordo la pasaba por alto, no iba a caer en esa trampa. Pero tenía la impresión de que lo importante le había pasado por al lado. Julián llegó hasta su auto y cuando habría la puerta un tirón lo dio vuelta. Pudo ver detrás del puño que se estrellaba en su cara, la furia de Alejandro. Se recorrió la cara ensangrentada con los dedos. Sonrió, él también veía rojo. Tenía razón el poeta —pensó— existen otros mundos, pero están acá.

Tal para cual

I

No fue bueno ese verano. Se suponía que tenía que pasarla bien, que era como una aventura, pero a mí no se me escapaba que me estaban sacando del medio. El encargado de llevarme a la chacra fue el imbécil de mi tío Lucho. Él era una especie de inútil que cada integrante de la familia usaba a su turno como mandadero cuando lo podía enganchar. Nadie me lo decía pero se olía en el ambiente que pasaba algo muy grave. Estaba por cumplir los 12 años y los silencios que mi presencia producía entre quienes me querían, me hacían sentir lo peor. Hubiera sido preferible que me dijeran la verdad, que la compartieran conmigo. Yo era chico, no estúpido. Tenía una hermana pero me llevaba más de diez años, estaba en la universidad y nuestra relación era distante. Yo sabía que mamá estaba enferma pero no que moriría tan pronto, o tal vez no quise darme cuenta. De alguna manera —ahora lo sé— les hice el juego a mis padres. La chacra era de unos amigos de tío Lucho, iba por primera vez, vivían unos cuidadores en una casita precaria y la mayor parte del campo lo arrendaba un vecino para sembrar. A los dueños les quedaba para pagar los impuestos y mantener la propiedad. En la casa había una mujer de unos 20 años con dos críos. Su marido no estaba desde hacía meses y lo que se suponía que él cuidaba y mantenía, se encontraba abandonado. La mujer, que se llamaba Felicia, nos recibió con alegría. Mi tío le traía dinero para cubrir los gastos de estadía y compen-

sar algunas molestias, y ella lo necesitaba. Mi tío pareció no darse cuenta de que ese no era el lugar en que mis padres suponían que yo iba a quedarme o quizás se hizo el estúpido, cosa que no le costaba gran esfuerzo, porque solo tenía que acentuar un poco sus dotes naturales. Se suponía también que se quedaría conmigo esos días, habíamos hablado de recorrer la zona, ir a pescar y cazar nutrias en el arroyo cercano, pero debía tener algo más importante que hacer porque de pronto me anunció que volvía en uno o dos días y se fue. Me quedé en ese lugar inmundo, con una extraña y sus dos hijos. No sabía siquiera dónde estaba exactamente esa chacra. No quise almorzar, salí a caminar por las pocas hectáreas que quedaban libres de la siembra y que el abandono había convertido en un cardal de coronas violetas. Hacía un calor para abombar lagartos pero era peor estar en la casucha. Bajo la sombra raleada de los eucaliptos, un pájaro de colores brillantes se posó en una rama y saqué mi honda, pero al agacharme para agarrar una piedra se voló. Me quedé muy quieto esperando que algún otro se pusiera a tiro, no tuve que esperar mucho. La piedra le pasó cerca al tordo, tan negro y reluciente que parecía que se iba a prender fuego. Seguí inmóvil con la furia reconcentrada y una nueva piedra, no sé cuánto esperé esta vez, la torcaza recibió el hondazo cuando apenas terminaba de posarse. Al llegar hasta ella todavía respiraba en cortas seguidillas, sus ojos buscaban desconcertados porque no veían, pronto se quedó quieta, la sangre manchaba el plumón del pecho que de tan suave y fino movía la brisa imperceptible. Los pájaros, que me parecían tan hermosos de lejos y tan espantosos de cerca, muertos eran la desesperanza. Nada más lúgubre que un pájaro muerto, salvo que sea un pollo al horno. Observé mi inútil obra, no había servido para mitigar mi resentimiento, me sentía la escoria de la humanidad y eso era en ese momento. Dejé abandonado mi trofeo y me fui a otro sector del campo caminando despacio, con una rama en la mano que hacía las veces de un sable con el que descabezaba los cardos. Quería poner distancia con un crimen que a nadie más que a mí importaba y estuve deambulando en soledad por el terreno que me parecía inmenso. No

volví a la casa hasta el atardecer. Felicia estaba afuera hablando con un hombre, al acercarme vi que era un viejo alto y con una boina negra al costado de la cual asomaban algunos pocos pelos colorados. Llevaba una escopeta de dos caños abierta, doblándose sobre su brazo derecho con la culata bajo la axila. Me saludó con un movimiento de cabeza, luego miró a Felicia y le preguntó:

—¿Segura quiere que lo mate?

Fue tal mi sorpresa que se me cortó la respiración y se me secó la boca en un segundo.

—Sí, seguro —dijo ella sin mirarme— está cebado, ya me mató varias gallinas y ni siquiera se las comió.

Yo no lo podía creer y aunque se me cruzó por la mente empezar a correr, estaba clavado al piso. Ella agregó:

—Le metí ocho o diez tiros con el 22 corto pero no se termina de morir.

El viejo caminó hacia un bulto tirado a veinte metros y entonces me di cuenta de que había un perro acostado. Fui tras él sin prestar atención al llamado de Felicia. Cuando llegábamos el animal se levantó, trastabilló un par de metros y se echó nuevamente. El viejo cerró la escopeta y le apoyó los caños en la cabeza, luego me miró y yo le hice un gesto como que sí, que me quedaba. Sonó seco el disparo y el perro pateó como si nadara en el aire unos segundos. El viejo le hizo una seña a Felicia con la mano y se alejó hacia el camino, yo volví a la casa pensando que ahora sí comería cualquier cosa pero al llegar Felicia me tendió una pala de puntear. Qué extraña manera de comunicarse, pensé mientras hacía el pozo. Comimos un guiso que fue merienda y cena al mismo tiempo. Felicia lavó los platos y acostó a los chicos juntos en la cucheta de arriba de una cama marinera. La de abajo la usaría ella y a mí me acondicionó con unas mantas en un viejo sofá destartalado. En todo ese tiempo no hablamos pero justamente cuando preparaba mi cama, se me ocurrió preguntarle a Felicia por su marido.

—Ése no vuelve más —me dijo sin dejar de trabajar.

Luego me miró sonriendo como si pensara que lo había preguntado con segunda intención. Me sentí incómodo, nada más alejado de mi pensamiento, pero callé. No aclares que oscurece decían en mi casa, que en ese momento me parecía tan lejana. Sin embargo, lo que más me había inquietado era que en la sonrisa de Felicia se adivinaba una invitación. Yo era joven, demasiado tal vez. Solo recuerdo que apenas me acosté me dormí, había acumulado mucho cansancio. Ella se debió meter en mi cama durante la noche y me desperté a medias entre caricias, quedé fijada en mi memoria la suavidad de su piel y la descarga quemante.

Me despertaron los ruidos de los cacharros y los gritos de los chicos. Desayuné en silencio, estaba seguro de que mi tío no volvería. Tenía que irme, tenía que intentar ver a mi madre antes de que toda esta barrabasada fuera irreparable. Me habían engañado pero yo no había hecho las preguntas suficientes, no había insistido ni me había rebelado, había dejado que aprovecharan mi cómoda mansedumbre. Felicia me indicó cómo viajar a Buenos Aires y me vio alejarme con los brazos cruzados y en silencio. El marco de la puerta la convertía en un cuadro. No volví a saber de ella, alguna vez me pregunté si podría haber quedado embarazada de mí, hoy me doy cuenta de que a pesar que había vivido mucho más que yo, sabía menos. Aunque no son evocaciones de Combray, vuelta a vuelta la recuerdo. Sé que si hoy la cruzara no la podría reconocer. En esas ocasiones, tampoco puedo dejar de preguntarme si no fue más lo que imaginé que lo que pasó.

Llegué caminando a la estación y tomé el tren en un viaje de vuelta para despedirme. Encontré la casa cerrada, no había nadie y yo me había ido sin la llave. Un vecino me dijo dónde habían internado a mamá, llegué hasta el hospital y en minutos estaba tomándole la mano. No me dijo nada, solo me miró con ternura como si lo hubiera comprendido todo solo al tenerme cerca. En la sala había doce camas, todas ocupadas por mujeres que agonizaban. Luego de un rato la mucama me hizo salir al pasillo porque iba a limpiar a las pacientes, allí esperaba mi padre apoyado contra una de las paredes. Debía estar al

tanto de mi llegada porque no se sorprendió, se enderezó y caminó hacia mí pero antes de que pronunciara palabra le dije con toda la tranquilidad del mundo —Infeliz. Nunca había hablado con tanto sentimiento, tan desde el corazón. Desde entonces fue como un extraño para mí. Mamá aguantó hasta el otro día. La velamos y enterramos. La peste a claveles viejos me acompañó durante mucho tiempo como si se me hubiera metido adentro de la nariz. El tío Lucho no estuvo, a pesar de que era su hermano. Si hubiera sido por él, yo todavía estaría en el campo. No hubiera sido tan malo, seguramente era mejor que esto, tal vez sería el hombre de Felicia.

Tratamos de volver a la normalidad y retomar nuestras rutinas pero solo intercambiábamos monosílabos.

—¿Todo bien?

—Bien.

—Chau.

—Chau.

—Hola.

—Hola.

Hacía un par de meses que había muerto mamá, cuando mi padre me entregó un sobre diciéndome:

—Tu madre dejó esto para vos.

—¿Lo dejó abierto? —pregunté, pero no fue necesario que me respondiera porque recorrió la habitación con la mirada como buscando algo de qué agarrarse. Entonces tomé la carta de la puntita del sobre como si estuviera manchada con mierda, la llevé a la cocina, prendí la hornalla y la quemé sosteniéndola sobre la llama.

—¡Son las últimas palabras de mamá! —gritó mi padre con desesperación.

Lo miré de soslayo y le vomité todo mi rencor:

—La violaste.

No volvimos a hablar por mucho tiempo a pesar de que vivíamos en la misma casa.

II

Mi mujer entraba ya en la etapa terminal de su enfermedad. Habíamos tratado de mantener a Joaquín —el más chico de nuestros hijos— al margen de los sufrimientos de su madre y las preocupaciones de ambos. Aprovechando la finalización de las clases decidimos mandarlo a la chacra de unos amigos de Lucho. Su muerte no lo tomaría de improviso porque algo debía estar intuyendo, a los chicos no se les escapa nada. Pensé que sería peor hacerlo pasar por los últimos días de su madre. Ella estuvo de acuerdo, hubiera preferido tenerlo cerca, pero la perspectiva de que sufriera más de lo necesario la convenció. Arreglé con mi cuñado para que acompañara a Joaquín hasta la chacra y pasara con él esos días tratando de que disfrutara de la vida de campo. Volvería en diez días y para entonces mi esposa ya no estaría con nosotros. La ausencia de teléfono, incluso mi desconocimiento de la exacta localización de la chacra, justificaría no haberle avisado. Me sentí aliviado cuando la internamos, ya que era incapaz de sobrellevar al mismo tiempo la muerte de la mujer que amaba y contener a mi hijo. El desenlace se precipitó y mi mujer en vez de soportar siete u ocho días más, falleció en tres. Justo el día antes, todavía no entiendo cómo y no me atrevo a preguntarle, Joaquín se apareció en el hospital. Infeliz, fue todo lo que me dijo. No me dolió el insulto pero el rencor con el que lo soltó me pareció irreversible. Su razón tiene, no lo culpo, pero cuando lo agarre a Lucho lo voy a cagar a trompadas. Para empeorar las cosas sigo metiendo la pata. Tardé en entregarle la carta de su mamá y aunque no era para mí, la leí. Pensé que quizás, sin querer y afectada por el dolor, el mensaje que hubiera podido dejar su madre le habría hecho más daño todavía. Ni se me ocurrió que la quemaría sin leerla, ahora no sirve de nada que yo sepa lo que decía, no hay forma de volver a acercarnos. Vivir así es muy difícil, sospecho que por eso exigió hacer el secundario en el Liceo, allí estudiará y podrá vivir lejos de mí. Yo también estoy muerto para él.

III

¡Justo a mí me tenían que encajar este pendejo! Mi hermana se estaba muriendo y no pude esquivar el bulto. Después de todo, era lo último que me pedía, no solo lo último, lo único que me pidió en su vida. Conseguí esa chacra de un conocido y me llevé al pibe. Hicimos planes para ir a pescar y cazar pero como no supiera él algo de esas cosas, ni me imaginaba cómo nos íbamos a arreglar. De todas formas, al llegar nos encontramos con que la chacra era un terreno baldío. Había una letrina veinte metros detrás de la casa y no estaba previsto que ninguno de sus habitantes se pudiera bañar. Era una tapera. El chico iba triste y eso es raro conmigo que soy un tipo ocurrente y gracioso. Me pareció que algo sospechaba del asunto. En ese calor sofocante, mientras hablaba con la casera a la que flanqueaban dos criaturas mugrientas con las trompas embadurnadas de mocos y tierra, me entró una sensación de vacío en el estómago que precede a mi entrada en la depre. No le puedo hacer eso al pibe, no me puedo quedar con él en estas condiciones, pensé. Igual se va a divertir, esto no deja de ser una aventura para cualquier chico, así que me fui. Le dije que volvería en uno o a lo sumo dos días para volver en cuatro o cinco, aunque pensándolo bien, vengo directamente para llevarlo de vuelta a su casa y no ando molestando, total, esta es gente de confianza. Es la primera vez que los veo pero es gente de confianza, si no, no estarían a cargo de la propiedad. Pensé que íbamos a tener una discusión pero no, se ve que el pibe me entiende. Me fui en lo más candente del mediodía, no aguantaba estar allí cinco minutos más, y al alejarme descubrí qué era lo que más de desagradaba de este lugar, millones de insectos zumbando al mismo tiempo, vibración monótona e interminable. Sí, vengo en ocho o nueve días a buscarlo y listo. De paso puedo ver a mi hermana y aunque más no sea estar en su entierro. ¡Morirse en verano, ni que lo hiciera a propósito! No sé si habrán hecho bien en mandar a Joaquín a estas falsas vacaciones, pero de todas formas no es de mi incumbencia, después de todo no es mi hijo.

IV

Tenía que empezar el secundario y conseguí que mi padre me mandara al Liceo. Me interesaba estar lejos, no se me ocurrió que podría haber otros colegios en que pudiera quedar pupilo. No la pasé tan mal, incluso lo extraño. La camaradería, el deporte y eso tan raro que tiene la vida regida por una disciplina externa, que es lo previsible y sobre todo un lugar —mi lugar— siempre reservado, esperándome. Todo lo contrario que en la vida normal, la de afuera, la de la libertad. Veía a mi viejo lo menos posible, en algunas fiestas en que era ineludible y que se convertían para mí en interminables esperas de la separación. Finalmente él se resignó, formó otra familia y cuando salí del Liceo no volvimos a tener contacto. En todo ese tiempo solo una vez dudé. Fue el día de mi entrada, cuando se despidió en la puerta. Un movimiento mínimo en su expresión, algo similar a cuando nos molesta un reflejo que no llega a cegarnos. Me mantuve firme y me alejé caminando por la angosta cinta de asfalto oscuro y resquebrajado, bordeado por cipreses que parecían querer negar algo con su vaivén. Yo hice mi vida, él hizo la suya.

Por fortuna, cuando fui a parar al hospital ya era mayor de edad. Dije que no tenía ningún familiar, lo único que faltaba era que se apareciera él en ese momento. Sorprendí al ladrón mientras me abría el auto y me ligué un tiro. Eso no fue lo peor, al irse me pasó una de las ruedas sobre la pierna haciéndome estallar los huesos. El balazo se curó fácil pero la pierna me tuvo dos meses acostado en la cama de un hospital público. Allí el personal mal pago y con materiales siempre escasos trataba de hacer milagros, muchas veces lo conseguían pero en el mientras tanto no se podían esperar ni explicaciones ni delicadezas. Como no había insumos para operarme la pierna, me pusieron un yeso. El hueso no soldó y finalmente un médico joven que quería practicar consiguió los materiales y me operaron. Tenía que haber estado allí menos de una semana, pero al no hacerme el tratamiento adecua-

do permanecí dos meses. De esta forma mi recuperación terminaba costando al Estado tres o cuatro veces más que si se hubieran hecho las cosas bien de entrada, típico de los países pobres. Ni siquiera había sondas para enemas, así que el enfermero usaba una manguera a la que un alma caricativa le había alisado los bordes calentando una hoja de bisturí usada. Funcionaba, pero no era lo mismo que una sonda. Nada es gratis, a pesar de que se supone que el Estado es de todos no podía pretender que me salvaran la vida, luego la pierna y ni siquiera me hicieran sangrar el culo.

Allí lo conocí a Roberto, que estaba en la cama contigua. Llevaba más tiempo que yo pero su calvario ya terminaba y estaba de buen humor, así que no dejó de romperme las pelotas con sus consejos, sus historias y sus bromas. Él tenía cerca de setenta años y varias décadas atrás había sido campeón metropolitano de lucha grecorromana. Nunca había dejado de entrenarse, hasta que un año atrás, practicando con un luchador cincuenta años menor, le rompieron una cervical. Quedó tetrapléjico y parecía que su vida terminaba, pero fue mejorando milagrosamente y pronto estaría afuera. Yo sabía que las ganas de vivir de Roberto y la ausencia en él del concepto de derrota eran el verdadero milagro. Tenía una moto inmensa y pronto estaría sobre ella recorriendo las calles de la ciudad como si fuera un joven. Era un hombre admirable e interesante, pero yo no tenía ganas de que me estuviera todo el día con su cháchara. No tenía más remedio que soportarlo, porque no hacía caso de mis rechazos, desafiarlo era perder el tiempo y burlarse peligroso. La vez en que le dije que la lucha grecorromana se había inspirado en el Kama Sutra, se me abalanzó y me aplicó una llave de estrangulamiento hasta que me puse morado. La enfermera, que ya lo conocía como si fuera de su familia, no se alarmó al entrar a la sala, solo le dijo mientras yo pataleaba con los ojos para afuera:

—Acuérdese de aflojarle, Roberto.

Con los días nos hicimos amigos. Fueron determinantes las visitas de sus nietas para ello, ya que la más chica tenía un culo escultural.

Terminamos siendo parientes y si bien Roberto nunca fue como un padre para mí, de alguna manera influyó para que sintiera la necesidad de reencontrarme con el mío. No sé cuál fue el mecanismo porque nunca le hablé de él a nadie, pero había dejado pasar demasiado tiempo, se me ocurrió que la brecha entre nosotros era insalvable y lo dejé así. Muchos años después, cuando yo tenía cincuenta y Roberto se había ido supongo yo que a joder al infierno —no porque fuera malo sino porque debía ser más divertido— que se me apareció un tipo por casa. Era mucho más joven que yo, y dijo que éramos hermanos. Nuestro padre estaba internado y pronto pasaría a mejor vida. Mi hermano, muy a su pesar, había buscado nuestro apellido en el padrón y un número de documento que correspondiera a mi edad, así me vi de pronto sentado junto a la cama de mi viejo. Iba a decirme algo pero lo hice callar con un gesto de comprensión. Fui varias veces más. El episodio que nos separara tantos años atrás era como un accidente en el que cada uno había perdido un brazo o una pierna. Lo habíamos pasado juntos y no valía la pena hablar de ello, hay cosas que no se arreglan con nada, la muerte es solo la última. Una noche en que no podía dormir me vinieron a la mente algunos recuerdos de la chacra a la que el tío Lucho me llevara tantos años atrás. La imagen difusa de Felicia y sus críos, la indefensión y mansedumbre con que murió el perro, la sangre en el plumón de la torcaza, y su brillo al sol, sentí el calor saliendo de la tierra y el zumbido de los insectos. Me sobresaltó el teléfono entrada la noche y ya sabía que era por mi padre. Llegué al hospital, todavía no habían retirado el cuerpo y levanté la sábana para besarle la frente, es el único beso que recuerdo haberle dado. Le reconozco haberme enseñado cómo no se debe ser padre. Soy muy distinto del padre que tuve y espero que mis hijos también sean distintos del hijo que fui. No me siento culpable, tampoco le recrimino nada ni le guardo rencor. Después de todo, con mi padre, siempre fuimos tal para cual.

La solución

Vivo escondiéndome, soy uno de los responsables de la mayor hecatombe de la humanidad. Preferí quedarme en la ciudad porque creo que tengo mejor oportunidad de pasar desapercibido entre la multitud. Vivo encerrado en una piecita en la terraza de la casa de un amigo con el cual no pueden relacionarme. Me entero de lo que pasa por la radio. No fue mi intención hacer daño, pero eso ya no sirve de nada. Sólo me da cierto alivio quedarme en silencio, ahora que cesó el griterío en las calles. Sin embargo, al pasar las horas, me gana la ansiedad por enterarme de las últimas novedades y si lincharon a alguien conocido. Mi familia me repudió para esconderse por su cuenta. Mejor, eso les salvó la vida en los primeros momentos, los de la rabia incontenible. Aunque no tengan la culpa es suficiente con que sean de mi familia, que hayan estado cerca.

Todo empezó como empiezan los mayores males, como una obra de bien. Hicimos una fundación para ayudar a los carenciados y el éxito fue inmediato, muchas personas comían gracias a nosotros. Disponíamos de los fondos necesarios ya que las más importantes empresas hacían cuantiosas donaciones que luego deducían de sus impuestos. Inflábamos los gastos diez veces, así que las empresas hacían un gran negocio y quedaban bien. Eran empresas multinacionales, las que tenían la mayor responsabilidad por el empobrecimiento de la gente. En la mía, fui comisionado para que manejara la fundación.

Mitigábamos el hambre que producíamos por partida doble. El

Gobierno nos asignaba subsidios, de los cuales desviaba la mayor parte a las ganancias de las empresas y sobornos para los políticos. Por primera vez en la historia de la humanidad la pobreza había perdido toda dignidad, ya que no era producto de la escasez sino de las decisiones, antojos y prioridades de los poderosos. Todo funcionó bien hasta que llegó la irresistible oferta del Imperio. El país más poderoso de la Tierra de pronto se preocupaba por el hambre del mundo. Habían elaborado una ración que envasada al vacío proveía de todos los nutrientes que pudiera necesitar por día un niño para crecer saludable, o un adulto para mantenerse y trabajar. Era deliciosa, los diversos gustos en que se ofrecía eran consumidos de buena gana por la gente. Les preocupaba a los hermanos del norte que las raciones se distribuyeran convenientemente, por lo que habían elaborado un mapa de la pobreza con los mayores asentamientos de población marginal, con una exactitud y conocimiento del que carecía nuestro propio gobierno. Comenzaron la distribución a nivel mundial sin olvidar a las poblaciones indígenas de las provincias más alejadas. Muchísima gente supo por primera vez en su vida lo que era no tener hambre. Fue un éxito total, absoluto, no solo en nuestro país, en toda la mal llamada América Latina, en toda África, en Asia y en la India y hasta en los bolsones de pobreza e inmigrantes de los países desarrollados. Parecía un cuento de hadas, hasta que se supo la verdad. La distribución de las raciones se había sincronizado para que todos las recibieran al mismo tiempo, al cabo de unos meses ya nadie pudo negar los resultados. De pronto, entre los miserables del mundo las tasas de natalidad bajaron a cero, no se produjo un nacimiento más porque no se produjo ningún embarazo. Ya no se pudo negar lo evidente, en las raciones había un elemento que actuaba sobre las células reproductivas produciendo infertilidad inmediata e irreversible a quienes las ingerían. La vaticinada Tercera Guerra Mundial de los pobres contra los ricos, había sido ganada por éstos, ciencia mediante. Habían esterilizado a la mayor parte de la población mundial. El 90 % de los africanos, el 70 % de los asiáticos, el 80 %

de los hindúes y latinoamericanos, sin contar las minorías étnicas, las reservaciones, los guetos camuflados, los limosneros menesterosos de las ciudades, los homeless, y toda aquella persona que si no existía para el mercado, simplemente no existía.

Se desató un escándalo mundial y los principales directivos de las empresas se guardaron y quedamos como responsables algunos empleados jerárquicos. La eficiencia de la distribución había sido calculada para que no se hicieran evidentes sus efectos hasta que fuera tarde, y así se desencadenó la violencia de los que sabían que nunca habría justicia. Solo agarraron a unos pocos dirigentes de segundo o tercer nivel que nada sabían del trasfondo de la operación y que pagaron con sus vidas. Quedaron indemnes las poblaciones blancas de Estados Unidos —los wasp— y de Europa. También las élites socioeco-nómicas de las naciones pobres. En China fue otro desastre pero personalmente creo que su gobierno estaba al tanto. De todas formas, la violencia estalló, toda persona de raza blanca se convirtió en objetivo de los demás y la mayoría de los que murieron nada habían tenido que ver con los hechos. Algunos análisis llegaron a hacerse acerca de las motivaciones y objetivos de la maniobra. Hasta mediados del siglo XIX el hombre blanco se había expandido, a veces sometiendo a los conquistados por las armas, a veces por la marginación comercial. Luego el proceso se había revertido por las altas tasas de natalidad de los países pobres y las bajas de los ricos. Finalmente, se había producido una invasión relativamente pacífica desde la periferia hacia el poder, en que los miserables de la Tierra ingresaban por cualquier medio en los países ricos en busca de una vida mejor. La conclusión fue que con el transcurrir de unas pocas generaciones, sus descendientes se quedarían con todo. Ahora solo había que esperar que la violencia cediera un poco para reorganizar las sociedades. El impacto económico no era tan negativo porque la masa de esterilizados no eran consumidores importantes para los mercados. Solo puede comprar el que tiene plata. Se postulaba desde tiempo atrás que la única solución posible a la pobreza y la con-

taminación era controlar la superpoblación, este planeta no soportaba tantos miles de millones de personas.

Recordaba con indulgencia la frase de Gandhi, ésa de que “hay suficiente para las necesidades de todos, pero no para la mezquindad de todos”. ¡No nos conocías indio flacucho, no te imaginabas de lo que éramos capaces! Éramos, ya no somos nada. Una solución tan expeditiva, tan drástica, inconsulta e irracional nos había sorprendido a casi todos, incluso a la mayoría de los que participamos, y había sido mucho peor que el problema original. La violencia no se atemperaba. No solo los países periféricos trataban de agredir a las potencias de cualquier forma, sino que en éstas se habían desatado guerras civiles. Los arsenales atómicos no tenían blancos y además los países más ricos no querían arruinar lo que quedaba del planeta. Las materias primas se encontraban fuera de sus naciones y los esterilizados las estaban destruyendo sistemáticamente. Todos los pozos petroleros de los países árabes y latinoamericanos ardían al mismo tiempo, todos los bosques y selvas estaban siendo quemados incluyendo el Amazonas, todas las fuentes de agua dulce estaban siendo contaminadas con tóxicos y elementos radiactivos. Pronto las nubes tóxicas oscurecerían la atmósfera, el sol no llegaría a la superficie y no se podría criar ganado ni cultivar, ni siquiera respirar. Las inundaciones destruían las ciudades costeras y a eso le seguiría una era glacial de muchos años.

Yo sabía que en algún momento intentarían usar el arsenal nuclear, solo porque lo tenían, por frustración. Los pocos que quedaran permanecerían encerrados en sus refugios ganando un escaso tiempo de soledad. Yo había sido un corrupto desde antes de estos eventos, mi riqueza y buen pasar estaban asentados en la pobreza, la desesperación y el hambre de muchos otros. Yo lo sabía, mis hijos lo sabían e igual lo disfrutamos. A pesar de que en esta ocasión me habían usado, merecía la muerte pero quería seguir vivo un tiempo más para tener al menos la satisfacción de ver destruidos a los dueños del poder. Aún en una situación terminal, mis motivos seguían siendo egoístas. Los diarios no

salían hacía tiempo, la radio y la TV se fueron silenciando y el mundo se hizo oscuro. A veces sé que es de día adivinando la claridad. De noche las estrellas no se ven, sólo se oye el viento, siempre el viento para siempre. Pronto no quedará nadie que lo escuche, no quedará nadie que se pueda lamentar, no quedará nadie que pueda sentir una estúpida esperanza. No quedara nadie, ni yo ni nada. Habremos solucionado todos los problemas del mundo.

Pleno pino

Un mes rengueando. En algún momento del asalto lo patearon para tirarlo al piso pero no se dio cuenta hasta que todo había terminado. Esteban se resistió y se podría decir que la sacó barata. Aunque la pierna se le hinchó y se puso casi negra, no fue al hospital público. Allí las salas de espera estaban atestadas y hubiera significado postergar el turno de alguien más desamparado, un anciano o un niño. Ahora, que solo le quedaba su dignidad, la quería mantener a toda costa. Estas circunstancias habían dejado el terreno preparado para que enloqueciera cuando sentado en el bar vio por televisión el reportaje que le hacían a un hombre que había asesinado a escopetazos a su esposa, su suegra y sus dos hijas. Le contaba orgulloso al periodista que al llegar a la cárcel habían coreado su nombre como si fuera un actor o un cantante. Mostró la celda en que vivía, bien ordenadita, con una foto de la modelo de turno en bolas contra la pared e incluso algunos libros porque siendo un asesino se daba el lujo de estudiar abogacía a costa del dinero del pueblo. Su “novia”, una prostituta que pagaba con la asignación del Estado lo visitaba una vez por semana.

En ese momento fue que Esteban decidió vengarse, buscar a alguno de los corruptos que se habían robado el país para mandar la plata a sus cuentas del exterior, o mejor a alguno de sus hijos, total, los hijos de los corruptos también son corruptos. No pueden ignorar de dónde proviene su bienestar económico, el hambre y las privaciones con que miles de inocentes pagan sus lujos. Si lo mataban en el intento, no se

perdería gran cosa, y si terminaba en la cárcel quizás pudiera vivir más tranquilo, con sus necesidades más urgentes satisfechas. Perdería su libertad, una libertad que solo le servía para cagarse de hambre y frustración. Se fue olvidando del asunto hasta que un vecino le comentó que en la parrilla de la esquina solía ir a cenar el juez que habían destituido por vender sus fallos. Era uno de los pocos que habían caído, le había costado el puesto pero no había corrido peligro de ir a la cárcel. Se rumoreaba que era el dueño de ese negocio y por eso trabajaban sin habilitación y nadie los inspeccionaba. Cuando se enteró de que al lado de ese negocio estaban por poner un prostíbulo regentado por un testaferro del mismo juez, tomó su decisión. Consiguió un revólver y lo fue a buscar. Aparecieron un par de asaltantes y en vez de dispararle al juez, terminó bajándolos a ellos. No era la primera vez que cuando creía tener todo resuelto y planificado, los hechos tomaban caminos impensados. El corrupto creyó que le había salvado la vida, por lo que arregló los problemas legales y le dio un trabajo. Se encontró abriendo y cerrando un portón, ocho horas por día, por un sueldo mínimo y con una radio por la que debía comunicar cualquier movimiento sospechoso a la custodia. Transitó estas etapas en un estado de estupor que lo hacía pasar por más estúpido de lo que era. Para colmo este hombre poderoso lo saludaba con una deferencia que hacía contraste con el trato que le daba al resto del personal. Un día lo mandó a llamar y le regaló una 9 mm niquelada, con grabados artísticos y cachas de marfil. El estupor de Esteban pasó nuevamente por la atribulación de alguien humilde ante un personaje importante de la sociedad. La caída del juez había sido por las fotos en una revista, en que ostentaba la riqueza de su casa, muebles y ropas. Era una persona famosa y mucha gente, a pesar de que sabía de su falta de ética, lo admiraba solo por eso. Días después, Esteban decidió que no trabajaría más y se lo mandó a decir. El juez lo hizo llevar hasta su presencia y llorando le dijo que era la única persona que había hecho algo por él sin esperar nada a cambio, le prometió aumentarle el sueldo y lo convenció para que se

quedara. Sin embargo, algo cambió, porque el juez ya no lo saludaba como antes y al transcurrir los días se dio cuenta de que había caído en una trampa que no entendía y que no podía permanecer más allí. Fue mandado a llamar nuevamente ante la magna presencia pero esta vez el juez estaba tranquilo y lo recibió con un resignado:

—¡Así que se nos va!

Esteban asintió y el juez, haciendo girar lentamente el vaso de whisky en su mano, le soltó de golpe.

—¿No quiere ser mi socio?

Esteban se asombró tanto que no pudo contestar siquiera con uno de sus gestos silenciosos. ¿Sería posible que en aquel hombre quedara todavía algo bueno, que quisiera compensarlo en la forma debida por salvarle la vida? El juez siguió hablando.

—Conservaría su trabajo y le pagaría un 5 % más firmar unos papeles cada tanto.

—Mejor me voy —contestó Esteban y siguió—: Tengo que darle algo.

Sacó la pistola de lujo pero el juez negó displicente con la mano al tiempo que decía:

—No hombre, quédesela, es por los servicios prestados. Desde menos de dos metros, Esteban le vació el cargador encima, después alguno de los custodios debió dispararle a él, porque cayó de frente y se quedó mirando las baldosas. Una línea roja le quedaba cerca de un ojo y era lo único que rompía la monotonía. Años y años mirando esa línea a centímetros de su nariz. No podía moverse ni oír, sólo pensar. Estaba seguro de que había matado al hijo de puta y en los primeros momentos eso lo consoló, por una vez en la vida no había fallado. Al tiempo dejó de pensar en el juez, en lo hecho y lo dejado de hacer, en lo sufrido y lo disfrutado. No se sentía mal aunque ignoraba si estaba muerto o en estado vegetativo o si el universo se había paralizado en ese instante, quizás para todos, quizás para él. No sentía dolor, nada lo molestaba, no tenía culpas ni preocupaciones. Sólo de una forma

podría estar mejor, si fuera un árbol tranquilo, más precisamente un pino de la costa. Aunque en vez de ver la línea en la baldosa no pudiera ver, aunque en vez de repetir sus monótonos pensamientos no pudiera pensar. Podría sentir el aire del mar, el aroma de sí mismo, quizás pudiera sentir el universo. Hasta le parecía sentirlo como si estuviera allí y no aquí, hasta le parecía que ya no veía la línea y que mecía sus ramas con la brisa. Lo olía, lo sentía, se balanceaba.

El gordo estaba contrariado. Ya había despachado a las personas que había contratado para sacar el pino y ahora venía lo peor, él, que desde hacía muchos años vivía solo para sus negocios, iba a tener que explicarle a su esposa por qué a último momento había decidido dejar el pino. Compraron el chalet en invierno para tener un lugar fijo de veraneo y que la familia se quedara allí los tres meses mientras él iba y venía los fines de semana desde Buenos Aires. No pensó mucho dónde, le daba igual cualquier lugar de la costa, pero en cuanto entró a Miramar se enamoró. El mar limpio, la ciudad pequeña sobreelevada desde los acantilados y los cercanos bosques de pinos. Él tenía debilidad por los pinos, de muy chico se había impregnado con su aroma, había recolectado y comido sus semillas, había observado cada piña como si fuera una obra de arte. Era la memoria involuntaria. Compraron el chalet pero no tenía entrada de coche y en el parque, donde hubiera sido factible abrirla, reinaba un gran pino. No iba a dejar su camioneta importada en la calle así que con su mujer acordaron que en cuanto tomaran posesión, lo harían sacar. Cuando llegó el momento, se apoyó en el árbol mientras hablaba con los obreros y de pronto sintió que tenía algo en común con él. En la zona había otros miles similares, pero le pareció que ése era especial, que le transmitía algo. Se quedó en silencio, con las dos manos apoyadas en el tronco y tuvo la seguridad de que el pino estaba disfrutando. ¿Qué es lo que podría disfrutar un árbol? La existencia, nada más ni nada menos. Despidió a los obreros y soportó con estoicismo las burlas de su esposa. Ese verano fue al chalet mucho más seguido que lo planeado, iba contento, an-

tipicando el encuentro con su pino. Con solo tocarlo se sentía mejor. En una de sus idas y venidas, se encontró con la entrada de coches y la ausencia del pino. Su esposa le había preparado una sorpresa haciendo gala de su practicidad. No podía culparla, no podía entender tampoco por qué no lo había hecho él. Aprovechó que todos estaban en la playa y se quedó un rato sintiendo la brisa en la cara, escuchando a lo lejos el mar.

Esteban abrió los ojos y vio la fatídica línea en la baldosa. Pasó el tiempo con lentitud, quizás años viendo otra vez esa línea pero esta vez era distinto, ahora podía pensar sin palabras y sentir lo que sentía cuando era un pino. De pronto todo se movió a su alrededor, unos médicos lo habían dado vuelta. Uno de ellos se acercó para hablarle al oído y dijo algo. Lo tuvo que repetir varias veces, al final entendió.

—Está muy mal.

“No importa —pensó— ahora sé lo que es ser un pino, ahora sé lo que es la plenitud, ahora sé que yo también soy parte. Los médicos miraban extrañados, no es frecuente ver que alguien muere sonriendo.”